



# SÉPTIMO CONCURSO CUENTA CUENTOS





---

Séptimo concurso  
**CUENTACUENTOS**

---



*Séptimo concurso Cuentacuentos*  
Universidad Nacional Autónoma de México  
Facultad de Ingeniería  
2019, 126 págs.

**SÉPTIMO CONCURSO CUENTACUENTOS**

Primera edición, 2019

D.R. © 2019, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Avenida Universidad 3000, Col. Universidad Nacional Autónoma  
de México, Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,  
C.P. 04510, México, D.F.

FACULTAD DE INGENIERÍA  
<http://www.ingenieria.unam.mx/>

Prohibida la reproducción o transmisión total o parcial  
por cualquier medio sin la autorización escrita del titular  
de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México.

---

UNIDAD DE APOYO EDITORIAL  
Cuidado de la edición: Patricia García y Alicia Medina.  
Formación editorial e ilustraciones: Nismet Díaz.

---

## CONTENIDO

Presentación	5
Prólogo	9
<b>Alumnos</b>	
<i>El tamal de cada día</i>	15
<i>Los libros de la buena memoria</i>	21
<i>Piedra blanca de mayo</i>	27
<i>Solo un sueño</i>	33
<i>Lunes</i>	39
<i>Momentos de la verdad</i>	43
<i>El cachorro de la mancha negra en el ojo</i>	49
<i>Reminiscencia</i>	55
<i>Victoria</i>	59
<i>Lucha por tus sueños</i>	65
<i>En el jardín de cerezos</i>	69
<i>Ha muerto don Felipe</i>	75
<i>¡Feliz viaje, mi amigo!</i>	81
<i>En las garras del progreso</i>	87
<b>Profesores</b>	
<i>Viaje</i>	95
<i>Conversando con Gloria</i>	103
<i>¿Qué podría pasar?</i>	111
<i>En tierra de lobos</i>	115
Participantes del concurso	121

# PRESENTACIÓN

---

Pablo García y Colomé

Profesor de Carrera, Facultad de Ingeniería, UNAM

Hace siete años comenzó nuestra labor, queridos amigos María Cuairán Ruidíaz, Margarita Puebla Cadena y Gonzalo López de Haro. Siete años de reunirnos, llevarnos cuentos de estudiantes y profesores y buscar espacios, sitios confortables, placenteros, en nuestro cotidiano existir, para leer y en ocasiones releer todo lo que nace de quienes hacen uso, las más de las veces hermoso, de las maravillosas palabras para tejer historias, fábulas, relatos, parábolas, aventuras que se erigen en sus sentimientos y emociones, asoman de sus mentes y se deslizan furtivamente por sus espíritus hasta manifestarse en el papel. Y lo que leemos son productos, creaciones, invenciones de seres humanos que desean decir algo de manera bella, armoniosa.

Nuestro cometido no es sencillo. No me gusta la palabra jurado, considero que no somos jueces. En la vida y sus quehaceres no hay que juzgar, pues nunca se tienen todos los elementos. Cuando mucho opinar y es lo que hacemos, porque nos ha deleitado siempre leer, estudiar, cavilar y eso ha ido esculpiendo, con la deleitación del artista, una fascinación por la lectura y, en el caso de nosotros cuatro, estoy absolutamente seguro de que arribamos siempre a decisiones consensuadas. Claro que deliberamos, aportamos considerandos, nos apasionamos, pero siempre en una atmósfera de cordialidad y afecto porque somos unamitas.

De José Saramago: «Al pintar a mis padres y a mis abuelos con tintas de literatura, transformándolos de las simples personas de carne y hueso que habían sido, en personajes nuevamente y de otro modo constructores de mi vida, estaba, sin darme cuenta, trazando el camino por donde los personajes que habría de inventar, los otros, los efectivamente literarios...»

«Desde la soledad, el escritor intenta comunicarse, tal como lo hace una estrella distante» (John Steinbeck).

Quiero, como siempre, rendir homenaje a todos los que participaron, con un singular revoltillo en el cual entretejo algo de lo que leí y se quedó en mi memoria. En esto no necesariamente hay finalistas, para mí todos son ganadores porque participar ya es en sí un logro, un vencimiento, un atrevimiento sensacional.

Hace 30 años ella se fue...eso ya no debería existir...siempre me recibía con el futón azul...tengo miedo de cargar a un muerto y ver qué pesa más, su cuerpo o su ausencia...desearía que su abuelo viviera...el manto de la locura...en cada letra colocaba un suspiro... la felicidad es disfrutar el viaje, no llegar a la meta...ella también está condenada a callar...los seres oscuros atacaron nuevamente...el autor es creador y asesino de sus ideas...llegó el gran día...los cerezos en flor...y complementó con uno de dulce...de manos amplias y desprendidas...esparciendo ese jugo revuelto que es la viva carne del corazón de la tierra...moríamos chorreando angustias por los párpados calientes...las lágrimas cayeron de su rostro e impactaron la masa recién aplastada por sus manos...hasta que la cantera rosa se llene de tanta luz...lloraban de la emoción...creímos que todo iba a mejorar...el semáforo se puso en rojo...como serpientes en la noche reptábamos sobre avenidas frías, sangrantes y dolorosas...siempre hay alguien que ve tus virtudes.

Se dice que quien escribe es flexible y que escribir nos ayuda a cambiar el modo en que miramos las cosas. Al respecto un pensamiento de Wayne Dyer:

Ser flexible. Estar suelto es parte de vivir en el momento presente. Tu disponibilidad a moverte es parte de tu sabiduría y te da el poder que necesitas para vivir la mejor vida. Como dice Lao-Tzu, «todas las cosas, incluyendo el pasto y los árboles, son suaves y flexibles en la vida... Un árbol que no se doble se romperá con el viento». Cambia

la manera en la que piensas acerca de la fuerza. ¿No son los fuertes física y mentalmente aquellos que se pueden doblar y adaptar a la vida especialmente al ir envejeciendo? Cuando nos vemos a nosotros mismos como seres flexibles y suaves somos capaces entonces de doblarnos en armonía con nuestra fuerza Divina. Al escuchar, ser flexibles-complacientes y ser amables, todos nos volvemos discípulos de la vida... Cuando cambias el modo en el que miras las cosas, las cosas que miras cambian.

La vida nos ama.

## PRÓLOGO

---

Mtra. Ana G. García y Colomé

Ser juez en el concurso de cuento puede parecer nada fácil, sin embargo constatar el trabajo de los jueces del concurso Cuentacuentos resulta muy gratificante. Cuando se les da el paquete de cuentos siempre, cada juez dice ¡qué bueno, qué gusto, qué maravilla, perfecto! En la junta que se realiza para decidir los finalistas resulta interesante escuchar sus «debates», son definitivamente literarios:

—Que la metáfora, —¡Que esta analogía es bellísima!, —¡Que el gran sentimiento puesto en esta frase, —Es tan poético este cuento, —Este año se dio mucha diversidad entre lo romántico, lo cotidiano y la cruda realidad, —Se muestra una realidad para identificarse con ella, —Me gustó la forma en que describe a los personajes, —Son cuentos muy literarios y muy parecidos, —Dominó muy bien la prosa, —Es muy talentoso, —Este cuento muestra bien su propósito, —Con

qué elocuencia relata la historia, —Como típico cuento te sorprende al final, —Encanta cuando cuentan sus historias, —Resultó un arte contar así lo cotidiano, —Es del género fantástico...

Es complicado decidir, así que en muchas ocasiones en lugar de decidir 12 finalistas, como se les pide, terminan por decidir unos 14, nunca menos. Vuelven a leer ahora los cuentos finalistas.

Ya en la reunión donde se necesita que decidan los tres primeros lugares, cada juez quiere hablar de sus propuestas, mucho coinciden en los tres primeros premiados, el problema resulta cuando hay que dar lugares, al final para decidir salen los números (bueno después de todo estamos en Facultad de Ingeniería, qué gracioso). ¿Qué lugar le dieron a este cuento «A»? Dos le dieron primer lugar, uno le dio el segundo lugar y otro el tercero. ¿Qué lugar le dieron a este otro cuento «B»? Dos jueces le dieron el primer lugar, otros dos el segundo lugar. ¿Qué lugar le dieron a este cuento «C»? Tres le dieron el tercer lugar y uno el segundo. Bueno entonces el cuento «B» tiene el primer lugar, el cuento «A» tiene el segundo lugar y el cuento «C» tiene el tercer lugar.

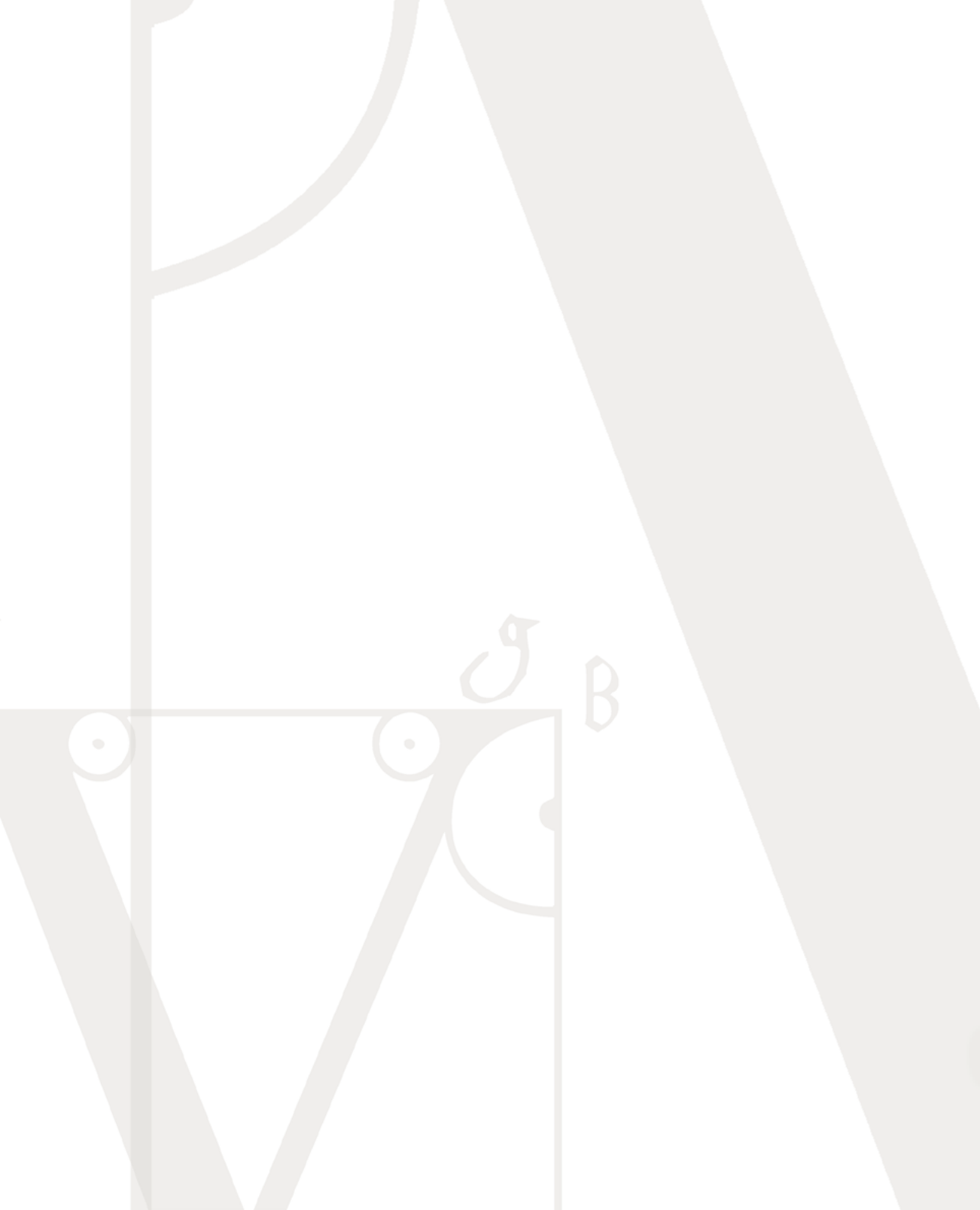
Se observa que siguen pensando y comentando con mucha emoción sobre las frases, sobre los párrafos, sobre los temas tratados, sobre los sentimientos expresados, pero antes de que sigan, por fin hablo y les digo: «bueno estos son los premiados, muchísimas gracias por su trabajo». Entonces recuerdan todo lo leído y siempre dicen: «Este trabajo me gusta mucho»; «Si todas las actividades fueran así, qué

lindo sería»; «Es un placer este trabajo»; El Juez Gonzalo López de Haro, siempre se encarga del recuento para fijarse que yo lo haga bien y dice: «Yo veo lo cuantitativo y lo cualitativo y nunca falta un grado de subjetividad», entonces Margarita Puebla, Mary Cuairán y Pablo García y Colomé dicen: ¡Claro!

Su profesionalismo, su entrega, su pasión por esta labor ha hecho del Concurso de Cuento Cuentacuentos una actividad cultural y definitivamente literaria, que cumple con el objetivo de la formación integral de COPADI y con la tarea sustantiva de la difusión de la cultura de nuestra Universidad Nacional Autónoma de México, nuestra querida UNAM.

ALUMNOS

---







PRIMER LUGAR

## EL TAMAL DE CADA DÍA

Rafael Edmundo Lira Valencia

«X-Yutuk»

El viento frío golpeaba el letrero frontal, causando un pequeño rechinar entre el alambre y el tubo principal de la sombrilla. Doña Gloria tomó su cobertura plástica y la instaló alrededor de su negocio. Cerró bien su chamarra, sujetó firmemente su cabello con su dona de la suerte y emprendió el camino a su esquina, pedaleando a ritmo constante.

Don Beto y Toño eran los primeros en la fila. La ayudaron a subir su puesto arriba de la banqueta. Gloria trabó los frenos de su carrito, y como su propio comercial, destapó unos centímetros la tapa de la vaporera. El olor de los tamales llegó a todos los nueve clientes formados. Gloria escuchó con satisfacción el gruñido de los estómagos en ayunas.

—¿Qué le voy a dar? — preguntó Gloria.

—2 de verde y un vaso de elote, póngale del que pica —Don Beto

urgó entre sus bolsillos y añadió—, no traigo cambio, doña Gloria. Démelos para comer aquí, me espero a que junte.

Gloria tomó sus pinzas metálicas y seleccionó dos tamales. La luz del poste arriba de su puesto atravesaba con dificultad la gruesa sombrilla, pero su sombra clara permitía identificar con facilidad el tipo de tamal. Los depositó en un plato y sirvió un vaso de unicele del #16 con atole de elote. Tomó un recipiente negro con la leyenda: «picosote» y lo espolvoreó encima del vaso.

Toño fue más limitado. Pidió un vaso de ciruela y complementó con uno de dulce. Gloria tomó 5 banquitos y los acomodó detrás de la esquina. Rápidamente, los siguientes tres bancos se llenaron y siete personas hablaban mientras desayunaban. Solo Dolores pidió de chipilín, y solo Hugo pidió un vaso de arroz.

Gloria acostumbraba llamar a sus clientes por su nombre, de modo que de inmediato sabía lo que quedaba en el inventario. Sabía que en poco tiempo se le agotarían los tamales de dulce y verde, así como el atole de ciruela. Una hora después, al salir el sol, ya no había cola en el puesto. Solo dos bancos estaban ocupados y las mal iluminadas calles de Zitilchén dejaban ver el ajeteo constante de sus habitantes. Doña Gloria sacó su silla personal y sentada, vigilaba el entronque con Juan Rulfo a su derecha y el callejón, frente a la calle San Nicolás a la izquierda. El chofer de una patrulla que pasaba en dirección a San Nicolás saludó a Gloria. Al parecer, el oficial Cervantes no tenía ganas de tamales esa mañana.

Con nerviosismo, puso su atención en una camioneta blanca avanzando por Rulfo, doblando en su dirección. La camioneta se estacionó frente a su puesto. Gloria se paró de inmediato y con sus

manos temblorosas tomó sus pinzas y sacó el tamal del fondo de la vaporera, justo al lado del último tamal de chipilín. El sombrero del hombre que bajaba del vehículo mostraba las iniciales «JN», distintivo característico del cártel de los jaguares negros.

El hombre recibió el tamal y exclamó:

—¡Justo como me gusta! En caliente y en corto.

Doña Gloria vio cómo se retiraba y depositó los \$700 pesos en su caja. Ahora simplemente fijó su atención en el callejón, donde 5 minutos después vislumbró la silueta de un hombre y un niño tomados de la mano. Su corazón parecía acelerarse cada vez más, hasta que pudo ver con claridad a los transeúntes.

El hombre ayudó al niño a cruzar la calle. Al llegar al puesto, Gloria le entregó al hombre el último tamal de chipilín, que siempre guardaba para él.

—Así me gusta, flojita y cooperando.

El hombre agradeció y se retiró en dirección a Juan Rulfo. Gloria se agachó y rodeó con sus dos brazos al niño, le sobó su frente y le preguntó:

—¿Te hicieron algo? ¡Ay mijo! Yo pensaba que ya no te iba a ver.

— No mamá —repuso— solo me acompañó a comprar mi monografía a la papelería.

Al llegar a su casa, Gloria preparó la comida de Javier. Terminando, lo mandó a su cuarto a terminar su tarea y esperó a que sus amigos vinieran por él. Después de ver a los cinco niños alejándose con una pelota de fútbol en dirección al parque, Gloria revisó su buzón, donde un nuevo sobre con esa endemoniada sustancia blanca en polvo aguardaba por ella.

La carta que acompañaba a la bolsa tenía un escrito que decía (obviando las severas faltas de ortografía):

«Así nos gusta, flojita y cooperando. ¿Verdad que Javier está bien? Pues mientras usted nos ayude, a su chamaco no le pasará nada. Atte. JN».

Doña Gloria calentó su olla y puso un poco de masa extra para rodear a la bolsa. Giró su cabeza y se persignó frente a un crucifijo colgado en la pared de la cocina. Las lágrimas cayeron de su rostro e impactaron la masa recién aplastada por sus manos. Tomó la botellita de colorante y el recipiente de anís. Los vació lentamente en su mezcla.

Así transcurrió un día normal en Zitilchén. Tan solo una mañana normal en México.





SEGUNDO LUGAR

## LOS LIBROS DE LA BUENA MEMORIA

Arturo Andrés Montealegre

«R.S. Goitia»

Conocíamos tan solo una pequeña parte de la gran altiplanicie mexicana que en su vastedad nos deslumbraba con frescas mañanas en la alameda central. Por esos días, caminos polvosos señalaban el sendero que en nuestro afán de conocer la misma tierra negra que nuestros abuelos pisaron, nos hacía encaminarnos entre tardes chorreantes de luz por las interminables calles del centro histórico. Era la grandeza mexicana efervesciendo en nuestra juventud por esos años, amplia y dolorosa, sobre enmudecidas calles, entre habitaciones turbias con aroma a tabaco y alcohol; una ciudad melancólicamente negra, o luminosamente tibia, ah, ¡que lentos eran los días en la ciudad de México!

En ese entonces éramos hombres jóvenes: de manos amplias y desprendidas, largas y morenas, que día a día encontraban fresca dulzura en el aire de los barrios citadinos. Santa María la Ribera:

criadero de virtudes y salvajes mentiras. Fue ahí, entre cedros y chopos que transitamos las horas blandas del día componiendo siete sonetos diarios, hasta que la luz vertical del mediodía irrumpía como cristal quebrado sobre el kiosko morisco para apartarnos hasta la estación Buenavista.

No era realmente nuestra habilidad de vagabundeo la que nos incitaba a caminar del mediodía al amanecer, era más bien la experiencia visual: la de los ojos asombrados por el alba y el crepúsculo en la ciudad. Era el privilegio de la vista hondamente vivida por las luchas internas que cada quien llevaba consigo mismo. Conflictos que nos eran extraños cuando alentábamos los paseos por la avenida Juárez; cuando entonces moríamos chorreando angustias por los párpados calientes.

Nunca contábamos nada a nadie de estos aniquilamientos y abandonos nocturnos, ocultamos todo, como si el hecho de la juventud fuera el peor de los pecados, como si el descubrimiento mismo, a la par que el de la ciudad, entorpeciera nuestro porvenir.

En ese tiempo la ciudad amanecía, como si un borrajo de espuma le cayera del cielo, como si nevara tiernamente para ser una pintura blanca, hasta que lentamente el color traspasara esa música clara a un terso verso azulado. Así eran los amaneceres de noviembre, inundando los jardines y las avenidas, aislando la memoria del mexicano, absorto en el ir y venir de los días. Pero no para nosotros. Noviembre tenía entonces, un aire de frivolidad, una silueta angustiosa del término del año, un anacronismo depravado de íntima tristeza desperdigada. Era el otoño y sus vientos frondosos los puñales de la esperanza del año siguiente.

En los días blancos de enero frecuentábamos con aire religioso el café la Habana. Llegábamos apenas la sombra del reloj chino de Bucareli hiciera eco sobre el asfalto. En ese entonces eran las tazas de café y las primeras lecturas las verdades por excelencia. Las tardes se evaporaban entre encomios y vituperios a múltiples autores. Discutíamos por igual, desde Baudelaire hasta los contemporáneos. Gustábamos de sentirnos un grupo que cambiaría al país, que resolveríamos problemas. Creíamos en la juventud y su existencia duradera. ¿Pero qué era la juventud para nosotros en ese entonces? Nunca la pregunta había sido tan seria como el día en que recordamos a la librería de cristal de la Alameda. ¿Cómo un icono de tal envergadura pudo haber desaparecido? Nosotros la conocíamos solo por fotos, y eso mismo pasaría con nuestros días, con los pensamientos, con nosotros mismos. Seríamos una fotografía, una palabra en el recuerdo de la maravilla que fue, una página más en los libros de la buena memoria.

El silencio que febrero traía sobre la ciudad se veía únicamente intervenido por los aires que hacían florecer los duraznos. La ciudad entonces llevaba en su seno más de 3 millones de habitantes y un olor previo a la primavera: tibio y fértil. Por esos días gustábamos de odiar esta ciudad de horas grises, la odiábamos con curiosidad, con incompreensión; tímidamente la desnudábamos con el recorrido de las calles de Nonoalco-Tlatelolco. Como serpientes en la noche reptábamos sobre avenidas frías, sangrantes y dolorosas. Habitábamos y deshabitábamos con desesperación todos los poros de una ciudad que en un pestañear ofrecería su cuerpo al alba.

La primavera llovía sobre la Ciudad de México, esa era la misteriosa encarnación de abril. Tal vez fue casualidad recorrer Xochimilco,

pero en una de las mañanas más limpias, con irritante sencillez chinampera, la vi llegar. Por aquel entonces hablar de nombres de mujeres era la inclinación a una nueva prosa que ansiaba descubrir. La conocí una tarde de luces lentas, de pasos cadenciosos que desbarataban el aire de Santa María Tepepan. Era distraída y silenciosa, llevaba una blusa floreada con botones rojos, la piel de sus brazos figuraba una dulce niebla rosada, aún recuerdo esas manos tan suyas: suaves y afiladas, con ese movimiento de muchacha estudiantil. La miraba fijamente: sus labios, su nariz, las líneas secretas de su cuerpo, sus ojos que parecían dos ciruelas sobre la arena. Aún la siento entre mis apuntes, en las páginas dobladas de algún libro olvidado. A veces la recuerdo hablándome sobre la sinceridad y el fracaso, sobre el vacío, pero sobre todo, de la primavera de la esperanza.

Dominicalmente hablando, las mejores mañanas las pasamos en Coyoacán. Y es que la virtud de los colores recae en los jardines coyoacanenses, como si en ciertas ocasiones Morelia ciñera de girasoles el sur de la ciudad. Ni breves ni pretenciosos, los días que dejamos en el esbelto aire, curioseando y anhelando un café del Jarocho; pasaron como una espontánea manera de versificar la vida. Hojas de color vino, amarillas, naranjas, violetas, jazmines; junio llevaba los ojos más abiertos que cualquier otro mes, ese era su testimonio. El del espumarajo, el de las lluvias atardecidas sobre el barrio de la Conchita. El horizonte nublado, la casa del agua en cada sílaba; seguíamos en busca del destino escondido entre las horas de un día inmenso.

Como era costumbre, las grandes ciudades engullían y devoraban pequeños poblados, sumiéndolos en una muerte rebuscada. Chimalistac resulto una pequeña hojeada desconcertante a dicha afirmación.

Sus calles eran entonces un descanso obligado para el viajero que atravesaba a pie el corazón sur del valle de México. En esos viajes nuestras aspiraciones deslumbrantes comenzaron a tomar la altura de 2268 metros sobre el nivel del mar, tomaron también la dureza del basalto, y se tiñeron oro azul. Todo eso paso en las horas de julio.

La ciudad dentro de la ciudad: perfecta hija creadora del genio mexicano. Hermosa en sus sombras y en sus luces, en sus murales pródigos de cenizas; y en sus islas: páramo y nido. Agosto llegó con una rara calma, cada cosa estaba en su tiempo y en su lugar. La ciudad que parecía ensancharse por todo el altiplano mexicano, se achicaba en una ciudad más pequeña al sur, esta era la invención de nobles ideas de cada barrio que habíamos recorrido. Allí estábamos parados los cinco, frente a cuatro muros ciegos que resguardaban más libros de los que habíamos leído en aquellas tarde de ocio en el café la Habana.

Sánchez se miraba perplejo, había conseguido entrar a la facultad de Derecho, y al igual que Hernández, sería con el tiempo un prestigioso abogado. Por su parte, Cruz miraba con anhelo la Facultad de Arquitectura dándole la espalda a Elizondo que no quitaba la vista de la Facultad de Filosofía y Letras. De todos, Elizondo era el que mostró mayor aprecio por los libros, era un acérrimo rival a la hora de discutir sobre libros, siempre tuve un poco de envidia de que sus relatos fueran mejores que los míos.

Y, entre todos ellos, estaba yo: mirando hacia la Facultad de Ingeniería, sabiendo que después de ese día cada quien tomaría un rumbo distante de aquellos días en que nos conocimos relatando un amor y un odio hacia la Ciudad de México. Relatando aquellos tiempos: malditos y benditos, antes de entrar a la Universidad.



TERCER LUGAR

## PIEDRA BLANCA DE MAYO

---

Brenda Andrés Montealegre

«Xiutik»

Uno ha ido creciendo creyente de que nada ocurrirá en este camino que parece estar a orillas del amanecer, bañado siempre por ese olor caliginoso del tren, como si uno pudiera sentir el sabor de la gente que llega. El eco lejano del campaneó me ha hecho recordar los laureales que se extienden cerca de las minas; aquí todo lo que ocurre gira en torno a las minas. Por encima de los techos, de la tierra, de las vías; todo tiene que ver con la mina. Hace dos años que dejé de trabajar como minero, todo desde que comenzó el recorte de sueldo y cuando el agua empezó a escasear. En esos días todo faltaba: el dinero, la comida, el agua, el viento. Lo único abundante eran los montes que se apretujaban a lo lejos esparciendo ese jugo revuelto que es la viva carne del corazón de la tierra.

Digo que no pasa nada en estos caminos de zopilotes lentos, de molliznas terrosas donde nomás se llora calando calores y fríos. Pero es verdad que sí pasó algo. La cosa había empezado dos o tres días antes de la feria, con un remusgo, un aguaviento desgredado y sucio que venía de entre los cerros, venía desmoronando toda la claridad del día, venía como decimos a malapalabra: hecho la chingada. Era el tren y todo su peso metálico, hirviente, lacerado. Llegaban con él noticias de la capital, murmullos de lo que acontecía detrás del puño de tierra que es la sierra, y más que ello, llegaban más personas: mineros, capataces, ingenieros. ¿Pero a mí qué me importaba ya la chingada mina? Ahora me las ganaba como jardinero.

Y cómo no iba a pasar algo, si cuando bajó la gente del tren la vi: Flor de todas las flores, jazmín cuando caminaba, girasol turbulento, jacaranda en primavera. Al fin, el humo ese que aquí le decimos ojosdenoche había traído algo, la había traído a ella. Vaya a saber por qué, pero no me atreví a acercármele, a fin de cuentas qué era yo sino un jardinero que memorizaba sus pasos como se aprenden los nombres de las flores. Jardinero, sí; pero de que tengo buena memoria, la tengo, y de que nací con el don de la palabra, también, eso que ni qué. Si todavía me acuerdo cuando el jefe del sindicato de ferrocarrileros me eligió como ganador de los juegos florales por ese pape-lito que yo le llamé: espina de Maguey azul.

En ese entonces aún ocurrían cosas alegres en Tecana.

Hacía mucho que no llegaba un año bisiesto, o más bien, que nadie se daba cuenta, y es que eso de andar cargando hambre todo el día, no deja pensar, y mucho menos saber en qué día se vive. Aquí el hambre es algo que no se escurre, es como una gran cataplasma

que se fermenta día y noche. Una presencia omnipotente que nos ve y nos oye a todos los mineros, a todos los bienaventurados condenados. Pero aun con todo ello, por donde se mire, Tecana es una ciudad hermosa; colorida, con el cuerpo de cantera rosada y el corazón de plata. Y es en estos mayos, que parecen alargarse hasta final de año, que la feria embellece aún más la ciudad, como se dice: esta es una ciudad en verso.

De las nuevas que llegaron me enteré que están por abrir un camino para conectar las minas, y que esto incluye el desalojo de una gran parte del pueblo, a los que según les darán tierras buenas para el sembradío, pero yo bien sé que las tierras que prometen están ocupadas por Luciano Almoloya, y que ese cabrón no dará tregua a nadie, ni a los paisanos, ni al gobierno. ¿Pero qué puede hacerse, si ya está todo pactado?

La feria comenzó ayer, todo era un remolino de ojos, de voces, a lo lejos la piel de todos parecía dorada por las luces letárgicas de las farolas. Entonces la volví a ver: más dulce, más hermosa, tierna como si los ojos le crecieran con todo lo que había de luz en la ciudad. Me alegró el hecho de estar cercano a ella, aun entre el griterío y el tumulto. La miré por largo rato, hasta que el eco sombrío de un disparo resonó con furia a mitad de la algarabía. Habían matado a Emilio Ruelas, el único opositor al desalojo de los mineros. Yo lo conocía bien, era un hombre robusto y de sangre caliente, hombre preocupado por el hambre de la gente y el abuso de los altos mandos en la mina. Decían los rumores que estaba planeando la huelga, que esa era la manera de reclamar lo que le corresponde a la gente. Y a mí me consta, porque después de felicitarme por los juegos florales me



invitó como orador, mediador entre la palabra política y la voluntad. Decía que tenía buena mano para las palabras y que debería usarlas en pos de la justicia. Pero ahora solo pienso que la vida es muy brusca en sus modos, a quien busca igualdad en este país, lo matan. O por lo menos aquí en Tecana, ya se chingaron a Ruelas.

Tres días después de lo ocurrido en la feria, y entre un desconocido silencio que lo abarcaba todo, oí el musical silabeo de su nombre. Lo recuerdo bien: el sonido corría como un golpe seco contra el puño de piedra que es la catedral de cantera rosa, fue como el estruendo de un disparo, semejante al que se llevó a Ruelas, pero este disparo a-si-la-ba-do, no era más que su dulce nombre quebrando la quietud de la tarde. Para cuando la noche estaba de ojos abiertos, la volví a ver. Extrañamente había perdido su luminosidad, aquellos pasos apresurados contrastaban con el andar cadencioso con el que solía mirarla, algo oculto parecía estar moviéndole la sangre; y no solo a ella, toda una ciudad se hallaba conmocionada ante lo que ocurría, y como era de esperarse... ello tenía que ver con la mina.

Estaba yo desenmarañando un pedazo de tierra embijada de cacahuananche, cuando 3 estruendos rompieron el pellejo del aire. Esta vez habían sido Terreros, Escutia y el boticario. Esta vez una bala perdida había encaramado a un inocente a la pila de muertos. Sé que la mina no es ya asunto mío, que debería preocuparme por el crecimiento del xoconostle y que todos los claveles floreen apenas sientan los calores de Tecana, pero no puedo evitar sentir indignación al ver el parpadeo doloroso con el que recorren la ciudad todos mis paisanos. He visto en sus ojos toda el hambre congregada de los

montes, he visto el miedo y la angustia, como si de un aire negro se tratara. Todo eso lo he visto en este mayo de luces extendidas. También la he visto a ella; fijos sus ojos como estrellas en el amanecer, y en ellos toda la belleza y el dolor del mundo.

Cuando hube decidido acercarme a ella, un tumultuoso griterío irrumpió en la tierra apenas amanecida. Había comenzado el desalojo y una ola de violencia estaba por rematar el término de las festividades tecanenses. Sin saber y ni siquiera presentir, decidí entrar en el sendero que había aniquilado a Ruelas, a Terreros y a Escutia. Sin ellos, se necesitaba gente para que no menguara el intento de defensa en Tecana, en las minas, en todo el estado.

Pronto estallarían la huelga y ni cien asesinatos más la pararían. Había llegado el día de regresar a ser un minero tecanense: sudoroso y de piel brillante, sérica, con las manos culebreando entre un río de aire negro.

Durante los primeros días de huelga pasó de todo en Tecana, pasó como un remusgo, una ventolera, jarreando a cántaros cachones de arena y aguacal. Todo como un chiflón de aguadulce; aguamarga, eran las los llantos que chisporroteaban de alguna parte, cayendo de alguna casa, de algún techo, aguaduchando la tierra para que todo se volviera un turbio aroma a cantera mojada. Y no es cierto que en las buenashoras nada pasaba en Tecana, aun en los días de aparente tranquilidad algo ocurría. Ocurría por ejemplo, el verla pasar, caminar y recular. Ella que como el cacomite era flor de un día, apenas oía un chisporroteo y corría a guarecerse en la seguridad de su casa. Y pensar que estuve esperando tanto tiempo para acercarme a ella, y ahora que menos lo espero, se me esfuma de los

ojos, ella que vino de no sé dónde y va a no sé qué otra parte. Ella que llegó: transparente, en medio de la ceniza de la cantera gris y el borrajo desperdigado de las flores; ella, flor de todas las flores, y flor de un día.

Antes que arranque la parte más dura de la huelga, me gustaría escribirle algo, digo, por eso de si también me mandan a matar. Y es que ha pasado tanto estas semanas en Tecana, este pedacito de tierra que parece estar a la orilla del amanecer, donde todo gira en torno a la mina y donde uno crece pensando que nada podría suscitarse.

Pero que podría decirle un simple minero. Que más que ella es como una piedrita dormida, blanca y suave, luminosa, como este mes que prolonga sus luces en pos de que Tecana ¡por fin!, se ilumine hasta que la cantera rosa se llene de tanta luz que sea una piedra blanquecida con las luces de mayo.

PARTICIPANTES DESTACADOS

## SOLO UN SUEÑO

---

Gabriela Castillo García

«Mun»

El tenue brillo de las lámparas proporciona un oasis para aquellos que huyen de la oscuridad que cubre cada rincón de esta pequeña ciudad. La noche tiene un onírico encanto que no solo hace aflorar los sueños, también posee la capacidad de despertar los miedos de los ciudadanos que solo buscan el descanso después de un día ajetreado, y terminan siendo sorprendidos por este misterioso poder.

La esencia de un sueño tiene una magia única, su encanto suele ir más allá de la imaginación del soñador y su contenido le asombra, pues el mundo de un sueño supera el horizonte de la mente del huésped, tomando su propia dimensión. Los sueños pueden albergar desde rostros familiares hasta desconocidos, personajes agradables o desagradables, dicha o tristeza, seres mitológicos, fantásticos o extra dimensionales; tantas tonalidades de sueños existen, como personas haya.

El protagonista de esta historia, en medio de uno de tantos sueños, creyó recordar un rumor que hace tiempo se había esparcido por la ciudad, al que no había prestado mucha atención. En él se relataba a un grupo de criaturas paranormales, monstruos rodeados de una terrorífica aura de misterio. Las historias en las que se les hacía referencia se limitaban a hablar de la sensación de terror que dejaban tras de sí al hacer sus fugaces apariciones, y su origen representaba un misterio insondable, ya que con la casi nula información disponible, pudo haberse tratado de cualquier cosa, desde vida de otro mundo hasta seres sobrenaturales de este.

Estas criaturas aprovechaban la oscuridad proporcionada por la noche, para escabullirse dentro de las casas, con pasos sigilosos se acercaban a los habitantes que dormían en sus respectivas habitaciones, colocaban dos tipos de electrodos en las espaldas de los que dormían pacíficamente, parecían tener especial interés en aquellos que más tranquilos y despreocupados se veían, esto con la finalidad de inyectar dolor que empezaba con una ligera punzada hasta convertirse en un ardor que recorría lo largo de la espalda.

Algunos creían que era un experimento alienígena, cuya finalidad era obtener información acerca de cuánto dolor es capaz de soportar el cuerpo humano antes de despertar y recobrar el conocimiento, otros decían que eran gnomos jugando travesuras, y otros tantos más lo atribuían a la imaginación colectiva. Lo único claro del asunto fue que aquellos que sufrieron dicho percance, al despertar no hallaban a nadie en la habitación, probablemente el mejor de los casos, pues de haberlos visto frente a frente, nadie sabría qué podría haber sucedido, ni cómo haber actuado.

Tras recordar el rumor, el protagonista no pudo evitar un escalofrío al sentir una pequeña punzada a la altura de los omoplatos, sus pensamientos daban vueltas a lo irreal del suceso, así como lo atribuían a la sugestión, pero el dolor se fue intensificando poco a poco, en un principio, culpando a su propia imaginación, se abstuvo de abrir los ojos buscando regresar al sueño y así ignorar este asunto. Todo iba bien, hasta que el dolor fue lo suficientemente fuerte para enviar la señal correcta al cerebro, que en un acto reflejo le hizo abrir los ojos.

Despertó y el miedo se esparció por todo su cuerpo, se escuchó a sí mismo gritar, pero el grito solo resonó en su mente, ninguna clase de sonido salió de su boca. Un impulso que lo empujaba a correr se veía detenido por la inmovilidad de su cuerpo lleno de terror. Ya sin escapatoria y sin poder articular alguna palabra de auxilio, trató de albergar esperanzas de que todo estaría bien, pero estas ideas iban siendo sustituidas por otras que lo empujaban a pensar en el fin, estas empezaron abrirse paso a través de su mente, saturando su decadente estado de ánimo con diversos sentimientos negativos a tal grado que, de haber podido, suplicaría por su vida a aquella extraña criatura que se encontraba a los pies de su cama.

La criatura no se inmutó ante el hecho de que había despertado, permanecía sentada, observándolo como si esperara alguna clase de reacción.

El chico trató de darse una idea de cómo era la criatura, pero esta usaba una gran capa oscura que cubría todo su cuerpo y su cara, de tal manera que no había modo de ajustar alguna clase de fisonomía a aquella figura. Esto solo aumentó la inquietud y preocupación

de ser observado por un ente desconocido que no dejaba en claro qué buscaba.

De todos los pensamientos que atravesaron por su mente, solo dos fueron claros: «no lo toques» y «averigua quién es». A pesar del miedo que sentía, quería terminar con la horrible situación y como consecuencia del ataque de pánico y hartazgo que sufría, centró sus ideas en mover su brazo, que lentamente estiró y dirigió a alcanzar la extraña figura, en un lapso que le pareció una eternidad, sin antes percibir un ligero estado de sorpresa por parte de la criatura.

Sintió sentimientos encontrados: una mezcla de alivio como de incredulidad al percatarse de que no había razón de temerle, pues solo se trataba de una cobija mal doblada, y todo lo acontecido solo fue parte de su imaginación. Tras mirar la hora se dispuso a realizar sus actividades cotidianas.

Ya en la cocina terminando de almorzar, una sensación familiar cruzó por su cuerpo una vez más, se sintió observado y una idea atrajo su atención: «no era obvio que esto pasaría, nadie se deja atrapar así de fácil, ellos te observan». Por más que trató de desechar la idea se sentía intimidado por aquel sentimiento de acecho, como si alguien lo vigilase desde la oscuridad residente de la mañana, de las sombras, de detrás de las ventanas o a sus espaldas. Recorrió toda la habitación con la mirada y solo consiguió sentirse como un pequeño animalito en una jaula, mientras una serie de espectadores esperan por un gran acto.

Salió de su casa antes de lo que normalmente lo hacía, llegó a la parada del autobús y vio una multitud de personas que lo hicieron

sentir seguro, ya que si se sentía observado siempre podía pensar que era alguno de los que esperaban el autobús.

Analizó poco a poco lo acontecido y a lo largo del día fue despejando los residuos del miedo, asumiéndolos como unos simples delirios provocados por una mente imaginativa.

Al final todo quedó claro, solo fue un sueño, del tipo que juega con la mente, que plasma ideas inciertas y que te hace tener miedo, ese que surge al no despertar completamente e inmovilizar tu cuerpo.

Solo hay que recordar que en esta pequeña ciudad nada raro sucede, los peores terrores que una persona puede experimentar se ocultan en el inconsciente, y solo pueden escapar formando malos sueños a la mitad de la noche, torturándote con indescriptibles horrores, casi imposibles de narrar a quienes no los hayan vivido. Tu subconsciente hará gala de su poder sobre ti, mientras otros duermen y sueñan plácidamente.

## LUNES

---

Dulce Jazmín Chávez Alarcón

«Akbal»

Un día te levantas con el simple propósito de enamorarte, tomas un baño, te pones unos pantalones de mezclilla, te colocas los audífonos y te dispones a andar por la calle sonriendo. El sol deslumbrante hace que resbalen por tu cuello algunas gotas de sudor, las limpias rápidamente, tomas el metro, buscas asiento, levantas la vista y casi por descuido notas a la hermosa señorita que está justo enfrente de ti.

Acalorada como tú, se recoge el largo y negro cabello, toma su espejo para acomodarse los rebeldes mechones que salen de su chongo y admira con satisfacción el resultado. Observas con detenimiento todo el proceso, te dices que jamás te enamorarías de una chica tan vanidosa, de cualquier forma, no dejas de mirarla, sabes que ella nunca notará tu presencia, ni el evidente acoso.

El metro sigue su ruta. Un par de estaciones después debes transbordar, las personas se amontonan en las puertas, desesperadas y de mal humor, te bajas con calma y miras a tu alrededor en busca de alguien, sigues caminando, gracias a la casualidad te encuentras a un joven capaz de cautivar con el simple pestañeo, sus ojos pequeños, afiliados y profundos te gustan. Lo observas aún más, su porte es altanero y su sonrisa maliciosa, descubres elegancia en sus movimientos, te gustaría acercarte, pero temes hacerlo, no te da confianza. Mala señal, él no es para ti.

Viajas otro tramo en el nuevo vagón, la ciudad con sus tonos grises a través de la ventana te la imaginas como el lugar perfecto para conocer a alguien; los parques, las calles, los puentes se pintan a ratos como los escenarios ideales para una primera cita, un abrazo inseguro o un beso tímido. Te bajas del metro y continúas el trayecto. En tu andar descubres rostros de belleza griega, popular, unos más mestizos y algunos otros sin categoría alguna, todos poseedores de algún rasgo que te cautiva, pero no lo suficiente como para plantearte volver a verlos.

A tus oídos llega el tenue sonido de una hermosa voz, lo sigues entre las ruinas de los que alguna vez fueron majestuosos palacios, entre ellos descubres la boca que la entona, esta posee labios gruesos pintados de color rojo, te quedas observándola, uno que otro escalofrío recorre tu espalda, es un talento digno de admirar, lo aplaudes, pero para tus adentros aquello no significa nada más que una hermosa canción interpretada con sentimiento, estás consciente de que no es más que amor al arte. Con las manos en los bolsillos, te retiras.

La resignación cuelga sobre tus hombros, vuelves sobre tus pasos con la cabeza gacha y sin esperanza, piensas en todas aquellas personas con las que te has cruzado en el camino, sonríes con tristeza al darte cuenta de que es completamente vano buscar enamorarte de alguien; con ese pensamiento llegas a tu casa, la oscuridad la invade, prendes la luz y ves todo aquello que te define, te recuestas y te dispones a leer los poemas que te han inspirado a buscar el amor. Te enamoras de algunas palabras, pero de ninguna persona. El sueño se apodera de ti y te acuestas sobre los versos predilectos, arrugando una que otra hoja.

A la mañana siguiente al levantarte optas por usar un pantalón negro, buscas un parque bonito al cual poder ir, de nuevo tomas el metro, sin esperar nada un joven se sienta a tu lado, no lo miras hasta que sientes su peso sobre tu cuerpo, tu corazón sin aviso acelera el pulso, lo ves de reojo, duerme, optas por no moverte, pero una sensación de incomodidad te invade, levantas los hombros un poco pero no lo siente, decides esperar a que despierte, el metro frena y lo hace abrir los ojos, apenado se disculpa, le sonríes torpemente al decirle que no importa, dos estaciones después se baja, sientes el impulso de correr tras él, pero te contienen. El amor debe llegar solo, te repites.

Bajas en tu estación, ves el parque a lo lejos y te diriges a él, estando ahí buscas un árbol bajo el cual sentarte, te quedas un rato observando a los niños jugar, miras el sol, las nubes, suspiras un par de veces al tiempo que sueñas con sentir unos brazos que te rodean, mientras una dulce voz te dice «estoy aquí para ti» al tiempo que

volteas para descubrir una sonrisa sincera, unos ojos tiernos y una boca maravillosa... Sí, sueñas con sensaciones que nunca has sentido, con una persona que nunca has visto, con algo que, en vano, todos los humanos buscan.

## MOMENTOS DE LA VERDAD

---

Adrián Flores Luna

«Sr. Hyde»

4:00 de la mañana, una vez más le gano al despertador que siempre está un poco adelantado, es la primera victoria del día. Un café es la insignia de mesa, dos cucharadas de azúcar y si me pongo nostálgico le pongo crema, hasta igualar el café de sus ojos y el aroma de su boca. Para mi suerte no pasa seguido, procuro que no pase frecuentemente.

La rutina comienza abordando el autobús en la estación, 5:00 de la mañana, ni un minuto tarde, lo que me hace pensar que el conductor y yo tenemos un acuerdo no pactado, esperando que el boleto contenga el número, mi número, el 020516, sin mucho éxito guardo el cambio y el papel arrugado en mi bolsillo. Muchos llamarían a esto aferrarse a un evento aleatorio, pero no creo que nada sea casualidad.

Llegando a la estación, 6:00 de la mañana puntualmente, cada quien camina por océanos diferentes, rutas separadas a distintos caminos. Hasta hace poco mi única compañía eran recuerdos insípidos, por suerte no tengo la memoria suficiente durante clases y pareciera que en mi cien no hay más que números.

Ahora hablemos de cifras y memorias, dos horas de viaje hasta mi destino y dos horas de vuelta, 20 horas a la semana, 80 horas al mes y 960 al año aproximadamente, sería extraño que no hubiera pasado algo excepcional en este lapso, pero sería más extraño no haber encontrado palabras para describir el estado en que me encuentro.

A veces recuerdo y pienso, no exactamente en ese orden, pero lo hago y entonces veo una memoria cercana. Los caminos nos llevan a lugares que no esperamos, ese día me llevaron a Santa María la Ribera. Una reunión casual de la que solo esperaba salir con una parte menos de ti. Ver a mis amigos, ahora separados por kilómetros, reconforta mucho y te hace sentir feliz. Sin embargo, no contaba con conocerla a ella y aún así apareció fugazmente con solo decir: hola ¿cómo estás?

Sonrisa de marfil, ojos afilados, tez canela, complexión fina y entalle perfecto, mejor remedio para la monotonía. A paso firme encontré los verbos y los encuadres para hablar con ella. Dos vasos después me encontré más lejos de mi frente y más cerca del suyo. Sin mucha labia recuerdo esos pequeños roces mortales, roces perfectos y con mucha delicadeza como la de una persona que crea un encuadre de arte.

Esa tarde terminó como muy pocas terminan, la seguí viendo cuatro, ocho, quizá diez, pero con certeza puedo decir que seguí

estando con ella, a veces poco tiempo, otras en lugares sencillos, en lugares privados. Sin pensar en porqué o cómo me había enredado y podía salir a voluntad, pero que no la quería dejar. Quizá por capricho, quizá por orgullo o querer estar a lado suyo.

Pero lo único cierto es que las cosas no se mantienen estáticas, nuestras acciones tenderían a cambiar el rumbo de las cosas. De lo que estaba seguro es que no podía estar mucho con ella, y de lo que ella estaba consciente es que no podía ser lo que era conmigo. Casi como un armisticio tuvimos que aplacar las batallas y conservarnos en nuestros territorios.

Aunque esto no significa que no hagamos viajes de reconocimiento, que quememos la piel, que los rugidos del campo suenen a través de las paredes, y que mis manos se deslicen a través de sus montañas para llegar a donde cambia de sentido, que su mirada me perfora como una lanza, pues como una reacción estelar las cosas que se ven cuando estoy con ella son maravillosas.

Sin mucho éxito las cosas siguieron, tuve que dejar ese pedazo de edén, porque no podía seguir con dos ritmos de vida, decidí partir y en un lugar más cercano a casa pude encontrar lo que no quería ver, por desgracia tampoco era mi momento, pero podría decir varias irregularidades de esta experiencia, irregularidades sencillas.

Siempre hay alguien que ve tus virtudes, acepta tus defectos y trata de ayudarte a corregirlos, a veces no podemos verlo y alejamos a quien quiere sumergirse con nosotros en aguas turbias, y cuando nos damos cuenta del tiempo perdido, de las cosas que hicimos mal, esa persona muchas veces no está. Y como una piedra que perturba el agua nos sentimos más intranquilos. Perder lo que tienes, y perder



lo que no tienes por querer tener lo que tienes, resumido en pocas palabras.

Envuelta en abrigos de niña, su caminar era lento y sencillo, no recuerdo algo más especial que eso. No puedes hacer nada contra personas así, de poco a poco van transformándose en algo indispensable, parte de su corazón, un primer contacto te hace darte cuenta de todo lo que habías perdido con otras personas, y entonces tomas la mano de ese pequeño ser increíble, y caminas al norte lejos del frío sur, y entonces pintas todo de colores nuevos, más llamativos y cálidos, más expresivos y llenos de ilusión.

Cada paso que di salió bien, sin embargo, sabes que a veces no puedes estar con alguien, no por sentimientos, no porque esté haciendo algo mal, sino porque no estás listo, y aunque puedas estar en el mejor lugar no es el momento, porque simplemente no estás listo, con el alcance limitado de tu mirada no eres capaz de ver el sol al otro lado, tomas decisiones precipitadas y sales al anochecer donde ella no te puede encontrar, no es muy grato darse cuenta pero al final le agradezco por darme algo que nunca debe morir: esperanza.

Sin mucho éxito conseguí que entendiera el porqué de todo lo que hice, pero estoy seguro de que con la experiencia lo hará, rosa y negro, colores opuestos mezclados por la ironía de lo bueno y lo malo que posee cada uno, son colores que a lo largo de los días se van haciendo más claros o más oscuros. Y necesitaría agradecerle por no pintarme de colores secos, a pesar de que no pude llegar a ser un color vivo, tendré cada uno de los momentos que me dejó para no volver a pintarme acromáticamente, le agradezco por pintarme de azul, verde, rojo y miles de colores felices.

A veces no medimos las palabras que usamos, no es extraño que cuando queremos a alguien las palabras que usamos sean más densas; en una palabra muy corta podemos tener mucho. Las experiencias llevaron a que pudiera idear que a veces ciertas cosas de la vida tengan una magnitud que, si bien no podemos calcular de manera numérica, podemos establecer una relación. Y de a poco me fui dando cuenta que lo más importante no se mide cifras, sino con emociones.

Las cosas que pasaban me mantenían en un estado transitorio, los movimientos eran abruptos, cada uno en direcciones impredecibles. Sin embargo, de a poco se fueron calmando, no podía estar siempre en esa rutina de altas y caídas continuas, no porque no quisiera sino porque eventualmente el único que sentía y se cuarteaba cada vez más era yo.

No es nada extraño que seres tan complicados como los Ingenieros tarden en demostrar sus emociones, una vez escuché: «no puedes comprobar lo que no se puede medir», entonces lejos de dar un valor sentimental, tratamos de reducir y simplificar cada emoción hasta que terminamos sin expresar nada. Pero como siempre existen excepciones.

Si usamos el mismo instinto, ese que usamos cuando no tenemos la certeza de que un método que apliquemos estés bien, podríamos ver las emociones y los sentimientos de otra manera, menos teórica y más experimental, puesto que cada uno podría refutar y reformular las maneras en que nos guiamos.

Bajo este concepto nuevo, empecé a apreciar cada momento, a explotar cada oportunidad de alcanzar un nuevo sueño, encontré muchas princesas hermosas y super apreciar la belleza desde lejos,

dejé la taza de café de la mañana por un té de limón, pues por fin encontré que todo está en cambio.

Todo fue cada vez más claro y tranquilo, de a poco me fui dando cuenta de mis errores cometidos. Aunque quisiera resolverlos, ya era tarde, pero al menos no fue lo suficientemente tarde para que no pudiera tener un buen nuevo inicio, tal vez más complicado, pero ahora dependía de lo mucho que deseara encontrar un estado estacionario que me ayudara a mejorar, y nada mejor que hacerlo en compañía de personas cercanas.

«Te miraré profundo, te tomaré fuerte, y romperé la distancia entre tu entrepierna y mi barba. Y sentirás como la vis viva de tu cuerpo cede ante mi presencia y aún así tendré tanto tacto para deslizarme como una pluma y besaré tus sentidos con mis versos cortos. Solo espera mi llegada en el nocturno, solo espera mi llegada en el muelle, solo piensa en la mirada del corazón, que casi llega la estación»

## EL CACHORRO DE LA MANCHA NEGRA EN EL OJO

---

Jéssica Estefanía García Aguilar

«Jessy»

Era una mañana soleada donde los gallos cantaban. En ese momento, en una calle transitada, una perra sin hogar estaba dando a luz; esa mañana llegaron al mundo 8 pequeños cachorritos quienes, como su madre, estaban destinados a la vida del perro callejero.

La gente pasaba mirando a la perrita con asombro; algunos le lanzaron comida, y no faltó quien quería tomar a los cachorros, pero su procreadora les ladraba ahuyentando a las personas y protegiendo a sus pequeños. En cuando pudo caminar, cargó a sus perritos con el hocico, uno a uno llevándolos a un rincón lleno de escombros para que estuvieran a salvo.

Pasaron días, los cachorros ya caminaban y empezaban a tener hambre; su madre buscaba comida y les daba leche, pero ya no era suficiente. Ella se dio cuenta de que no iban a sobrevivir si se

quedaban ahí, era un buen refugio pero debían buscar comida, ella y sus 8 cachorros empezaron a caminar en busca de algo mejor.

A los perritos no parecía afligirles la búsqueda de un nuevo hogar, ellos iban felices, jugando, mordiéndose las colas; parecían no notar la falta de comida y techo. En las noches se detenían para poder descansar.

Un día, la madre y los cachorros iban caminando cuando se cruza en su camino un perro, este empezó a ladrarles y la madre asustada les ladró a sus perritos para que se fueran a esconder mientras ella ahuyentaba a quien intentaba agredirlos. A pesar de los intentos de la madre por ahuyentar al perro atacándolo también, no retrocedía.

Los cachorros lloraban mientras se escondían. Uno de ellos, asustado, intentó defender a su madre; si bien su ladrido era poco imponente, llamó la atención del agresivo perro que ya iba acercándose lentamente hacia él. La madre rápidamente corrió para evitar que el atacante tomará a su cachorro, pero no lo consiguió pues sí logró tomar a un cachorro y aventarlo; al final se fue.

La madre corrió a ver al pequeño, estaba bien, ella lo lamió mostrando su felicidad porque estaba bien, hizo lo mismo con los otros. En ese momento, notó que hacía falta uno, el más pequeño de la camada, el pequeño de la mancha negra en el ojo; la perra se asustó y empezó a girar, ladrando desesperada y con un vacío enorme esperando que su cachorro saliera de su escondite, pero no lo hizo. El pequeño no estaba; no apareció entonces ni en la noche.

—No sé dónde estoy, no encuentro a mi mamá, no veo a mis hermanitos, estoy asustado, ya está oscuro, y empieza a caer agua

del cielo, camino pero no los veo. ¡Oh! un señor, creo que me llama; tiene algo en la mano, parece comida, iré a ver qué tiene.

El pequeño cachorro se dirige al señor, este está cerrando su tienda de pan; lo mira y siente tristeza por el pequeño perrito hambriento, le da un pan.

—¡Qué rico!, es pan. Tengo mucha hambre, sabe muy bien, me esperaré aquí en lo que termina de llover y tal vez mi mamá me encuentre.

El perrito se quedó dormido. Al amanecer, un señor se aproxima al perrito, gritándole que se fuera, aventándole agua para ahuyentarlo.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué me moja? Tengo miedo, no le hice nada, mejor me voy.

El cachorro continuó su camino, aún buscando a su madre pero no la encontraba, así que se resignó y continuó caminando sin rumbo alguno durante todo el día, buscando comida, bebía de los charcos, no tenía a dónde ir.

—Extraño a mi mamá y a mis hermanitos. Me siento solo y tengo miedo, pero debo ser fuerte. No logró entender porqué ese perro nos atacó, no le hicimos nada, nosotros caminábamos felices, mis hermanos y yo íbamos jugando, escuchamos su fuerte ladrido y mi mamá nos dijo que nos fuéramos, yo corrí y jamás los volví a ver. Todo es su culpa, si no nos hubiera ladrado estaría con mi mamá, si encuentro a ese perro le ladraré y lo enfrentaré, me separó de mi familia. Sigo sin entender porqué lo hizo, ¿por qué el señor me aventó agua?, ¿por qué el perro nos ladró?, yo era feliz y ya no lo soy...

El pequeño perrito se detuvo, aullaba; a simple vista se veía triste, las personas pasaban mirándolo con lástima, sin embargo, no hacían nada. Es un perrito muy bonito, pero la lluvia y tierra ya habían ocultado eso y ahora simplemente parecía un perrito de la calle, sucio y hambriento. Mientras tanto, su madre aún lo buscaba, pero tenía que ver por los demás cachorros, encontrarse ya era imposible.

—Hay muchas personas, caminan muy rápido, parecen no verme, me avientan con sus pasos, jamás había visto tantas personas, debo irme de aquí, debo correr.

El perrito corrió y en el camino encontró un plato de unicel con comida dentro, se detuvo y empezó a comer.

—¡Comida! ¡Sí!, mmm sabe muy rico, ¡oh no! Viene otro perro, debo irme, me llevaré la comida.

El perrito corrió con la comida en su boca; el otro perro lo notó y corrió al plato de unicel, pero ya no había nada así que miró al cachorro y vio que había algo en su boca, iba a correr tras él pero otro perro llegó al plato y empezó a pelear con él por la comida que ya no estaba.

—¡Lo logré! Logré irme sin que el perro me hiciera daño, podré acabar mi comida. Me asusté, pensé que me atacaría, me alegra que no lo hiciera, no le habría ido bien, soy muy fuerte. Debí defender a mi mamá, juntos habríamos hecho que el horrible perro se fuera y ahorita estaríamos todos juntos. Continuaré caminado, está oscureciendo, debo encontrar dónde cubrirme, al parecer siempre llueve en la noche, espero encontrar un buen lugar y comida.

El cachorrito caminó y caminó, esa noche se detuvo debajo de una mesa, en el jardín de una casa blanca.

—Este parece un buen lugar, se ve bien, hay pasto que es suave, me gusta aquí, quiero quedarme aquí para siempre, será genial, me siento feliz, presiento que será un buen lugar. Estoy muy cansado, dormiré.

A la mañana siguiente, el día estaba maravilloso, el cielo despejado, soleado. Una señora salió de la casa en la cual el perrito estaba dormido, lo miró, le causó una gran ternura, decidió no despertarlo y entró a su casa; volvió a salir pero esta vez con un recipiente con agua y otro con comida

—Una señora viene, tengo miedo, trae agua en la mano, no quiero que me la aviente, parece venir lento, no me grita, ¡oh! ¡Es comida y agua!, estoy muy feliz, tenía hambre y sed, jamás había probado un agua tan limpia, siempre tiene tierra, sabe deliciosa, es la primera persona que es amable conmigo. Oh, se ha ido, ojalá se hubiera quedado a jugar conmigo, pero bueno estoy feliz porque me ayudó.

El perrito se fue a caminar, y en la noche regreso al mismo patio a descansar. A la mañana siguiente, la señora volvió a darle agua y comida; fue así todas las mañanas. El perrito parecía feliz, a pesar de ya no estar con su familia, había encontrado a alguien que se preocupaba por él. Se acostumbró a su presencia, la quería, y parecía que ella también a él.

Una mañana el perrito despertó como de costumbre, miró la puerta esperando que la señora saliera y lo alimentaría; ella salió, pero este día no se detuvo a verlo, corrió a su camioneta y se subió, sin hablarle, sin mirarlo. El perrito corrió tras la camioneta confundido.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué no se detuvo? Siempre me mira, me acaricia y me alimenta, ¿me está abandonando?, ¡No! por favor

no me dejes, eres la única persona amable en el mundo, no me abandones, no soportaré perder a mi familia de nuevo. Debo alcanzarla, debo correr más rápido; si me ve, estoy seguro que se detendrá y me acariciará, todo estará bien, pero debe verme, yo sé que puedo, debo ir más rápido, ¿qué es ruido?, mis ojos se cierran, creo que dormiré, espero despertar y ver a la señora...

El pequeño cachorro iba corriendo detrás de la camioneta, lo más rápido que podía, ladrándole. El semáforo se puso en rojo, sin embargo, la camioneta no se detuvo, por lo que el cachorrito tampoco; solo se escuchó el claxon de un coche, éste se detuvo y de él bajó un señor que miró la parte delantera, entonces vio al pequeño cachorro tirado en el piso, lleno de sangre.

Ya no había nada que hacer, el lindo cachorro había muerto.

## REMINISCENCIA

José Luis Gómez Arizmendi

«Khft»

Cálido y abismal, eran las palabras que se encontraban en mi cabeza mientras cerraba mis ventanas negras ante la melodía azul del mar. Sentado en las dunas de la costa, mi cabello danzaba seducido por la brisa.

—Es sorprendente cuando uno se da cuenta de la fragilidad de la vida en las cosas más simples, ¿no lo crees?— me dijo.

—Bueno, es un poco triste tener esa clase de pensamientos y más en este momento tan bello, destruir para apreciar a fondo.

Se levantó al mismo tiempo que la arena caía por sus piernas, giró hacia el auto, sus pasos delicados creaban la ilusión de que tan solo se deslizara.

Era un poco tarde ya, si uno se paraba desafiante al ente turquesa y movía la cabeza hacia un lado, lo único que podría llegar a ver era el extremo del lado contrario.

A excepción del sol no había acompañantes en la playa aparte de nosotros, era algo irreal.

Regresó, traía algo en las manos, pero no podía ver claramente lo que era.

—Lamento lo que estoy a punto de hacer, pero hay algo en este momento que no me deja en paz— comentó mientras tomaba mis hombros y me giraba de manera que le diera la espalda.

—Estoy a punto de asesinar el instante, atraparlo y mantenerlo cautivo contigo dentro. No puedo dejar que se vaya así como así, tal vez no tenga sentido, pero que no lo tenga no hace que deje de ser etéreo.

El baño dorado parecía estar de su lado, se dejaba caer ante el presunto vacío y nos intercambiaba de época cada vez que lo hacía. Sabía que algo dentro de mí sería liberado, destruido para apreciarlo a fondo.

Posó su ojo ante la lente, acomodó su dedo en el disparador y al final obtuvo lo que quería, un instante.

Pasaron los días y las memorias. Detrás de mí se reflejaba mi sombra dada a luz por el televisor encendido, no lo veía, solo necesitaba alejar a la soledad. Mis pensamientos se unieron a la humareda y empecé a recordar aquel día en la playa. No era una evocación sencilla, era una de esas cuyo requisito era cerrar los ojos y no dejarse seducir.

Al mismo tiempo levantaba el teléfono y deslizaba mis dedos por el teclado.

Ya con la bocina en mi oreja, la ventana parece llamarme con su fría luz.

Di otra calada y caminé hacia las cortinas que no paraban de moverse.

—¿Cómo sé si te veré de nuevo? dije luchando por mezclar mis manos con las tuyas.

Todo sucedió muy rápido, el viento nos rodeaba. Las enredaderas empezaron a crecer dejando nuestros cuerpos envueltos. Cariicias ficticias, miradas en diferentes sentidos encontradas.

Luego de dejar divagar el alma, alcancé a ver una silueta en la banca del parque frente al edificio. Una persona bajo un velo propiciado del reflejo nocturno del sol. En mi oreja se escuchaba ya el segundo timbre.

Dejé caer el teléfono, bajé a la entrada. Cada paso que daba parecía alejarme de dicha silueta difuminada. Abriéndome paso ante el vaho llegué a la banca, había un espacio vacío a lado. Sin decir una sola palabra me senté. Por un instante logramos visualizar lo mismo, por fin lo comprendía, etéreo.

Bajó su cabeza para recargarla contra mi hombro.

Y en la distancia, el último timbre del teléfono se escuchó.

## VICTORIA

---

Ricardo Edmundo Juárez Salazar

«Kuroneko»

¿Dónde estoy? ¿Qué es este lugar? Rayos, creo que me han atrapado, me cuesta recordar en dónde estaba antes. Pero, si me capturaron, ¿Por qué esto no parece una prisión? Seguro ya se dieron cuenta que si no me tratan bien no voy a cooperar. Sospecho que es la misma gente que me ha capturado otras veces, pero son tan tontos que siempre dejan una ruta de escape. Para una persona normal esto sería traumático, pero gracias a mi experiencia me es fácil lidiar con esto.

Bueno, siguiendo el protocolo hay que revisar el entorno. Veamos... Estoy en un departamento, creo que es el piso 9, solo hay una puerta para salir y está cerrada. Podría salir por la ventana, pero no hay salientes en donde apoyarme y no tengo mi equipo como de costumbre. Ahora que lo pienso, siempre pueden abusar de mí cuando me tienen sedada, pero desde esa vez que eliminé a la mitad

de sus miembros en mi escape no siento que lo hayan hecho, en su lugar me ponen estas ridículas prendas después de quitarme todo mi arsenal. Suena patético pero es una forma de respetar al enemigo. También puede ser porque ya no soy una jovencita, aun con todos los cuidados que le doy a mi cuerpo este oficio hace que se me noten los años. No, ¿qué estoy diciendo? Sigo siendo la bellísima Victoria, orgullo de mi división, la más hermosa y destacada cadete que ha tenido la academia. Por eso mismo antes de irme de aquí tengo que recuperar mi equipo, los datos de mi misión sea cual sea y dar aviso de este lugar a mis compañeros. Eso después de darme una ducha, me moriría de vergüenza que me vean en estas fachas.

No sé por qué, ahora me viene el recuerdo de mi familia. Sé que ahora viven muy bien gracias a mi trabajo, pero muchas veces los extraño. ¿Lo que reciben será suficiente para pagar todos mis pecados? Siempre fui muy mala con todos, con mis hermanos, con mis padres, incluso con mis tíos. Podría decirse que soy la oveja negra de la familia. Lo sé, ya no es tan extraño aborrecer la idea de ser una mujer delicada como mis primas y preferir los deportes o las artes marciales, pero no tenía que ser tan mala cuando me ofrecían su compañía. De todas formas tengo que aparentar ser como ellas y soy igual de vanidosa. Como sea, los últimos años que pasé con todos fueron para despedirme, quizá lo sabían, quizá lo presentían, fueron muy cordiales, como si todos los años anteriores no hubieran contado. Como sea creo que después de esto me voy a dar unas vacaciones. Lo sé, soy una mujer oficialmente muerta, pero al parecer mi familia sabe que no es así, tengo fe en que hayan encontrado las pistas que les dejé, además siempre está mi asiento favorito de

la mesa libre durante las festividades. Este podría ser el año en que llegue a llenar ese vacío.

Bien, encontré un clip, lo usaré como ganzúa. No parecer ser muy difícil de vulnerar esta puerta, me ofenden con tanta sencillez.

Perfecto está abierta. ¡Vaya! Es una sala muy bonita, y ese reloj quedaría perfecto en mi casa como botín de guerra.

¿En serio? ¿No pueden hacerlo otro día? Es la tercera vez seguida que me secuestran en lunes. Odio los lunes.

Bueno tengo que apresurarme, ya encontré mi equipo, ahora solo debo vulnerar los sistemas de alarma y... No, No, ¡NO! Alguien está entrando, tengo que volver a la habitación para que piensen que sigo sedada. Listo, ahora cuando intenten despertarme usaré mi balisong y...

—Abuela, ¿Estás despierta?

—¿QUÉ?

—Abuela, abre soy yo Valeria.

—¿Valeria? Ah sí, pasa hija. ¿Qué haces aquí?

—Ay abuela, ¿Ya se te olvidó que hoy te quedabas conmigo porque tenemos que ver al neurólogo? Nos vamos en una hora, deberías cambiarte y darte un baño. Por cierto volviste a jugar con el termostato ¿verdad? Te va a dar una gripa con este frío.

No fui yo, no he salido de este cuarto desde que entré.

—Claro que sí abuela, dejaste tu bolso en la sala y ahora tienes el rímel en la mano ¡ja, ja, ja!

—Está bien, me atrapaste, ya sabes que soy muy inquieta.

—Ya lo creo. Por cierto, ¿terminaste de leer mi novela? ¿No me digas que te quedaste dormida leyéndola?



—No Vale, es la edad. Tu novela es buena, pero no sé porqué escogiste hacerlas sobre espías y agentes secretos, en mis tiempos eso era bastante bueno, ahora no estoy segura, la gente prefiere leer sobre novelas de hackers o como se diga, fantasean con convertirse en eso.

—Sí lo sé, pero esto es más personal, tú eres mi inspiración y tengo que superarte para poder ser algún día una escritora tan prestigiosa como tú lo fuiste.

—¡Ay hija que linda eres! Me siento tan orgullosa de que sigas mis pasos. Sé que serás la mejor cadete que ha tenido la academia.

—Ja, ja, ja, ya estas mezclando lo que escribo con la realidad otra vez.

—Ya te he dicho que eso es lo que le da vida a tus historias, solo que no te excedas o puedes quedar loquita como yo.

—No digas eso abuela, no estás loquita. Eso sí, necesitas un poco más de terapia y volverás a estar bien.

—Sí, aunque no me gusta mucho ir, nos quita mucho tiempo del día.

—Y nos quitará más si no te apuras.

Victoria se metió al baño para tomar una ducha, mientras Valeria prepara todo para poder irse cuando su abuela esté lista. Cuando termina, encuentra el best seller de Victoria, el que la coronó como la mejor de ese año y le hizo ganar su lugar en la historia. Valeria lo compara con su libro y no está contenta con el resultado.

—Ya tengo varias editoriales interesadas en mis obras, pero ¿seré tan buena como mi abuela? —se dijo Valeria en un tono un poco sombrío, mientras se ajustaba sus lentes rojos de pasta gruesa y cepillaba su cabello rubio para después hacerse una coleta.

—Lo serás hija, puedo apostararlo —le dijo Victoria, terminando de ponerse su vestido rosa y de secarse su melena rubia que nunca dejaba de ser radiante.

Valeria le sonrió y le dio un abrazo. Se contuvo, quería llorar, pero no estaba segura si fue por el cumplido.

—Vamos abuela, aún llegamos a tiempo.

—Claro, estoy lista. Oye, hoy es lunes ¿Crees que podríamos...? —le dijo victoria con ese dulzor que utilizan los niños para convencerte de que les compres algo.

—Sí abuela, podemos pasar por esos Waffles que tanto te gustan cuando salgamos de ver al neurólogo —respondió Valeria con una sonrisa sintiendo lo irónico que era esa situación—. A mí también me gustan mucho desde que reinauguraron ese lugar.

—Y es por eso que amo los lunes —dijo Victoria tomando sus cosas y apresurándose a la puerta.

—Ay abuela, te quiero tanto.

## LUCHA POR TUS SUEÑOS

Josué Emmanuel Maldonado Bautista

«Cuatrero»

Es la historia de cuatro amigos que estudian en la Universidad Nacional Autónoma de México en la Facultad de Ingeniería, en la licenciatura de Ingeniería Civil de 4° semestre, en la cual, tenían pensado participar en un concurso de puentes hechos con palitos de madera en su facultad.

Iker, uno de los cuatro amigos, tuvo la idea de meterse a concursar para poder ganar el primer lugar, llevar el diseño de su puente a un concurso internacional que se hace anualmente, para poder representar a la institución a la que pertenecen y poner el nombre de su país en alto. Los tres amigos llamados Naím, Misael y Sinuhé estuvieron de acuerdo con la idea que tuvo Iker, ya que todavía tenían bastante tiempo (4 meses antes del concurso), para planear dicho proyecto y así no tener problema al momento de elaborarlo.

Naím y Misael se encargaron de comprar la cantidad suficiente de palitos de madera para poder practicar, ya que en las reglas del concurso el puente tiene que estar diseñado con una cantidad de palitos suficientes y un tiempo estimado para crear su estructura, teniendo que soportar tantos kilos de peso y evitar que se destruya.

Iker y Sinuhé se dedicaron al problema teórico, utilizando sus conocimientos de Física y Matemáticas, aplicándolos en su proyecto, haciendo una medida exacta tomando en cuenta los palitos que ocuparían y un aproximado peso que tiene que aguantar dicho puente.

Todo ya estaba listo, tanto el material como el problema teórico, solo era cuestión de salir de sus clases de la universidad e irse a dedicar 2 horas de su tiempo de lunes a sábado, para crear el puente que habían diseñado, tomando en cuenta el tiempo que tenían para elaborarlo con los palitos suficientes, hacerlo muy bien y no tener algún problema al momento de hacerlo en el concurso.

Transcurrieron varias semanas, ya faltaba poco para el concurso en la Facultad, y aún presentaban algunas fallas en su proyecto, no aguantaba el peso suficiente o se les derrumbaba con facilidad porque no unían bien los palitos, Naím y Sinuhé, desesperados por sus errores, querían salirse del concurso, pero Iker y Misael les decían que tuvieran paciencia, ya que no era gran cosa los detalles que presentaban y se podían arreglar sin dificultad.

Justo un mes antes del concurso, empezaron las convocatorias en la Facultad, donde se fueron a registrar muy entusiasmados, cada vez les quedaba mejor el proyecto con un tiempo perfecto y sin error alguno por tanto que practicaban, aguantaba cada vez más peso el puente y ya solo era cuestión de esperar ese grandioso día.

Solo faltaban días para ese sueño tan deseado queriéndolo hacer realidad, sus profesores los apoyaban, los padres de familia de cada integrante e incluso todo el grupo, eran los «novatos» en el concurso, era la primera vez que participaban en algo así, con muchas ansias del triunfo, no tenían nada que perder y mucho que ganar. Hasta que llegó el gran día, los cuatro amigos estaban muy nerviosos, tenían bastante y muy buena competencia, pero no se dejaron intimidar.

Los jueces solo esperaban la hora para que arrancara el concurso y en un par de minutos empezaba a transcurrir el tiempo, los nervios no pudieron vencer a los cuatro amigos, se tuvieron paciencia y les salieron las cosas como ellos esperaban, con tiempo y forma con un puente espectacular, no fueron los primeros en acabar, pero se sentían ganadores.

Acabó el tiempo establecido y el jurado empezó a checar los puentes con cantidad de palitos exacta, algunos equipos fueron eliminados por no cumplir con las reglas o por haber estado incompleto su proyecto.

Luego de descalificar a esos equipos, los jueces revisaron uno por uno el peso que aguantaba cada puente, empezando con algo ligero hasta llegar a colocar una enciclopedia de 8 kilos; 3 equipos, incluyendo el de Iker, fueron los que aguantaron dicho peso, siendo el equipo más pequeño en llegar a la final, teniendo ya el premio de tercer lugar asegurado.

El jurado se tardó aproximadamente 20 minutos en elegir al equipo ganador, ya que hubo un triple empate, por el diseño impresionante y el peso que aguantaba cada puente. Se decidieron por un equipo, el de Iker que fueron los ganadores.

Todos los que se encontraban en la Facultad felicitaron al equipo, sus padres lloraban de la emoción, por la dedicación que le dieron al concurso, sus amigos del grupo fueron corriendo hacia ellos y los abrazaron, cantando la porra que habían creado y gritando el ¡Goya! a más no poder.

Al momento de la premiación, el equipo que quedó en tercer lugar recibió de obsequio una calculadora científica programable a cada uno; mientras que al segundo lugar, un reproductor de música; y al primer lugar, una beca de \$20,000.00 y la posibilidad de concursar con su puente a nivel internacional todo pagado, conociendo el país anfitrión que era Inglaterra y representando a la máxima casa de estudios.

Al final, viajaron a Inglaterra Iker, Misael, Naím y Sinuhé, se fueron de viaje muy emocionados, recorriendo sus maravillas turísticas más emblemáticas, tomando fotografías y de más. Aunque en el concurso a nivel internacional quedaron en sexto lugar, se sintieron satisfechos por haber cumplido su sueño y poner el nombre de su universidad en alto.

## EN EL JARDÍN DE CEREZOS

Jorge Enrique Medina García

«TPK»

Uno a uno, los pétalos de las flores de cerezo caían al suelo, bailando en una brisa invisible que mecía los largos cabellos negros de una chica, quien, apoyada en un barandal rojo, tenía la mirada fija en el infinito, a la orilla de un calmado estanque que reflejaba las ramas de los cerezos que crecían alrededor de él y un intenso sol de primavera que la envolvía con sus cálidos rayos.

Viendo al estanque sin mirar nada, sentía aumentar el ritmo de su corazón con cada instante que pasaba, con cada momento en que la sombra de los árboles detrás de ella se movía. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Ya había perdido la noción del tiempo, sentía que llevaba allí horas. Miró su reloj, todavía era temprano. Habían acordado encontrarse en aquel sitio exactamente a las dos de la tarde, pero aún era la una.

Decidió que la mejor manera de matar el tiempo sería dar una vuelta por el parque, un paseo era justo lo que necesitaba para despejar su mente por un momento. Siguió los senderos del parque, aquel parque que había llegado a conocer tan bien como la palma de su mano y que hoy parecía no recordar. Rodeó el estanque, y desde la otra orilla, se quedó mirando fijamente aquel sitio, dejando volar su imaginación y su memoria. Sus recuerdos comenzaron a mezclarse con las imágenes del presente, ella veía claramente a lo lejos a una pareja varios años más joven que ella.

Se habían conocido sin buscarlo y casi por accidente. Ambos eran estudiantes de intercambio en un país lejano, donde habrían de pasar un año entero lejos de sus familias y amigos, lejos de todo lo que conocían. Tal vez era el destino jugando una broma, que sus cuartos en los dormitorios universitarios quedaran en extremos opuestos del mismo pasillo.

Y así de fácil, como escribiendo estas líneas, pasaron seis meses. Con la llegada del invierno, llegaron también las primeras nevadas, los abrigos y las botas. El frío se colaba por las ventanas y las puertas, y nadie quería pasar más de lo absolutamente necesario en lugares sin calefacción. Sus amigos la invitaron a cenar a un restaurante en el centro de la ciudad, así que, con abrigo y bufanda, salió de su habitación para tomar el metro.

Era de esperar, con tanta nieve afuera, que el piso del pasillo de la residencia universitaria estuviera húmedo y resbaloso. Lo que ella sin duda no se esperaba era resbalar justo frente a las escaleras, y mucho menos esperaba que alguien la salvara en el momento correcto. Ya lo había visto, un compañero suyo que de hecho estaba

en el mismo grupo, pero a quien nunca había puesto realmente atención. Su barba, cabello y ojos negros combinaban con el largo abrigo negro que vestía. Le agradeció y bajó las escaleras tan rápido como pudo, roja de vergüenza.

Mientras iba en el metro, sus pensamientos no paraban, para su desconcierto, de desviarse hacia el chico que la había salvado de caer mientras sonreía. No era un chico particularmente atractivo, pero tenía que reconocer que tenía su encanto. Recordaba haberlo visto siempre con sus amigos, con los que platicaba en su lengua materna. Por más que intentó ocultarlo, sus amigos notaron que ella estaba distraída, pensando en otra cosa mientras cenaba con ellos. Por suerte, pensaba ella, no sabían exactamente qué era lo que la distraía tanto.

El destino decidió jugarles otra broma cuando al día siguiente el chico de negro se quedó, al igual que ella, sin compañero para trabajar en el salón; ambos compañeros estaban en cama con fiebre. Fue muy fácil trabajar con él; parecía ser un chico inteligente y animado, y que, además era muy divertido. Terminando la clase, y tomándola de sorpresa, él le pidió su número.

Los siguientes días, ella esperó un mensaje del chico, quien además parecía ahora muy animado al momento de saludarla. Se decía a sí misma que era una tonta, que ella no tenía por qué esperar un mensaje. Finalmente, el fin de semana siguiente le llegó un simple «Hola» que ella respondió de igual manera. Una conversación superficial y nada digna de recordar siguió a los modestos saludos y terminó sin siquiera despedirse.

Pero a aquel nada memorable hola le siguieron muchas más en los días siguientes. Pasaron dos meses hablando diario, siempre por

el celular. Cuando se veían en los pasillos, en la calle o en la universidad, apenas se saludaban. Pero en las tardes, platicaban de mil y un temas. Cada día que pasaba, se conocían mejor; se enviaban fotos de sus países y sus familias, hablaban de sus planes y de sus miedos, de sus gustos y aversiones. Finalmente, a finales de marzo, él le propuso salir a pasear.

El mensaje la tomó por sorpresa, se había acostumbrado a verlo solo a través de la pantalla de su celular, en las fotos que le enviaba, se había acostumbrado a solo saludarlo de pasada, casi sin voltear a verlo. Ahora él la invitaba a salir. «En fin, ¿qué es lo peor que puede pasar?», pensó finalmente y accedió a salir con él.

La primavera había llegado y los cerezos estaban todos en flor. Caminaron hasta un gran parque, completamente pintado de rosa por las flores de los cerezos que crecían frente a un gran estanque. Allí caminaron un buen rato, al tiempo que platicaban, reían y hasta cantaban. De pronto, él se detuvo en seco, a la sombra de un hermoso cerezo, la tomó de la mano y la besó. Ella le respondió el beso, y ambos se quedaron mirando fijamente a los ojos cuando se separaron después de un instante que les pareció eterno.

A partir de ese instante, y durante los siguientes meses, vivieron juntos un sueño. Recorrieron de lado a lado la ciudad entera, descubriendo justos todos sus secretos. Regresaron en más de una ocasión al parque, a su parque. Recorrieron tantas veces el parque que se lo aprendieron de memoria. Pero en el fondo ella sabía que, como todo sueño, ella tendría que despertar en algún momento.

Comenzaba a asomarse el verano, cuando ambos tenían que regresar a sus países. Conforme se acercaba la fecha, ella comenzaba

a sentirse cada vez más nerviosa. Él era la primera persona de quien se había enamorado, y la idea de estar forzada por el tiempo y las obligaciones a separarse de él la entristecía tanto como la asustaba.

Finalmente, llegó el último día. A media noche, ella debía abordar un avión que la regresaría a su país. Decidieron ir juntos por una última vez a su parque, a disfrutar una última vez de la sombra del gran cerezo que los cubría ese lejano día que se besaron por primera vez. Allí, frente al estanque y recargados en el barandal, se despidieron. Con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta que ahogó al último «Te amo», se despidió del chico, y no pudo evitar llorar al ver la cabellera negra del chico alejarse.

En los años siguientes, y pese a estar separados por miles de kilómetros, mantuvieron una larga correspondencia. Parecían haber regresado a aquellos lejanos días cuando toda su comunicación era en línea. Se contaban todo lo que les ocurría, sus planes, e incluso se contaban de sus relaciones. Fue a través de su comunicación en línea que ella le contó que había recibido otra oportunidad de regresar a estudiar una maestría a la misma ciudad, dos años después de haberse separado.

Apenas llevaba un mes de regreso en aquella ciudad, cuando recibió un mensaje del chico. La citaba en el mismo lugar donde se habían despedido dos años antes, justo en el aniversario del día en que se encontraron por primera vez. Muchas preguntas llegaron de golpe a su cabeza. Él seguía viviendo en su país, ¿cómo era posible que la citara en el parque?, ¿sería que vendría solo para verla?, ¿después de tanto tiempo, él la seguía amando? Y más importante e inquietante aún; ¿Y si ella aún lo amaba? Los meses siguientes,

siguieron en contacto de la misma manera que siempre; después de ese día, el chico no volvió a mencionar el mensaje que le había enviado, y ella tampoco se lo recordaba. Con el paso de los días, ella llegó a olvidarlo, solo para recordarlo y volverlo a olvidar. En los días cercanos al día indicado, ella se ponía cada vez más nerviosa. Él no parecía recordar que la había citado, ni ella tenía el valor de preguntarle. Finalmente, decidió que iría; incluso si él no llegaba, pensaba que sería bonito caminar por ese parque después de tanto tiempo.

El día anterior, por más que lo intentaba, no se pudo comunicar con él. Llegó una hora antes, para pensar en qué hablaría con él cuando llegara. Cerca de las dos de la tarde, regresó a aquel sitio junto a los cerezos en flor. Allí, a la sombra de un cerezo estaba de pie un hombre que le daba la espalda. Su cabello negro se confundía con el saco del mismo color que llevaba puesto. Al llegar ella, el hombre volteó y fijó su mirada en ella, y sonrió. Las flores que caían mecidas por el viento dibujaron su silueta. Tan rápido como cae un pétalo, llegaron a su mente los recuerdos de todos sus días juntos. Y mientras él se acercaba su corazón latía al máximo. Mientras los mismos cerezos los cubrían, ella lo besó. Y las flores de los cerezos brillaron, iluminadas por su amor eterno.

## HA MUERTO DON FELIPE

Luis Alexis Sánchez Contreras

«Hypky»

Poco a poco la sensación de cansancio te va consumiendo, la cama parece moverse en círculos, no dejas de ver lo que sucede en aquel cuarto lúgubre donde has terminado cada noche durante treinta años desde que ella se fue. Esta vez notas algo diferente, las sombras que observas no son las mismas que te han recibido estos últimos años, la noche se torna fría y un poco más oscura, las cortinas lucen menos blancas, la luz de la luna más que ayudarte te confunde y le da vida a las sombras confusas. Prefieres cambiar tu vista al techo para encontrar un poco de calma, observas que el techo se aleja o tú estás cayendo, nos sabes que sucede, solo te dejas llevar por la sensación hasta quedar dormido. Por un momento te pierdes en la oscuridad, pero el frío inmenso y devastador hace que regresen los sentidos y logra despertarte. Al observar por la ventana adviertes una niebla

espesa y sombría que oculta las viejas construcciones de una ciudad desconocida, las lámparas color ámbar, que en otras noches lucían intensamente, ahora solo son pequeños puntos perdidos en un ambiente gris y aterrador.

En la puerta del edificio espera un hombre alto y elegante, con un sombrero que esparce una ligera sombra desde su frente hasta sus labios, aquella sombra impide mirar sus ojos. Al cerrar la ventana y acercarte a la cama, te percatas de la existencia de un sobre color negro con un extraño broche que resguarda una información que no hubieses querido leer nunca.

«Es necesario que nos veamos, debemos partir juntos recuerda que es la última noche, no tardes amor mío, lo he enviado a recogerte».

La sensación de frío cesa por un instante, ahora sientes un miedo que penetra cada parte de tu ser, sientes el alma desvanecerse como polvo, sientes cómo te abandona y se esparce entre aquella niebla. Vuelves a mirar el sobre con la intención de encontrar en el destinatario un nombre distinto al tuyo. Aquel sobre no tiene destinatario y sin embargo sabes que te pertenece. Aquellas letras emanan un aroma que contrae tus sentidos, tienes la sensación de que alguien te ha devuelto algo que te había sido robado hace tiempo, aquel aroma dulce y claro te hace sentir la necesidad de salir de aquel lugar y obedecer lo que han escrito.

Sales de casa y observas más de cerca a aquel hombre, su rostro es inexpresivo y longevo, su tez es de una palidez inusual, su mirada es intensa y profunda, mirar sus ojos es como mirar brasas de un fuego inasequible.

—Debemos darnos prisa, la noche es cada vez menos oscura y la niebla menos densa.

Oyes estas palabras adjuntas a una voz áspera y un tanto iracunda. Dejas de observar los ojos del extraño hombre y con miedo entras a un viejo coche color negro. La niebla se va tornando cada vez más espesa y no logras percibir las palmas de tus manos, solo sientes el movimiento de ir a una gran velocidad. Vagas entre tinieblas, no sabes qué hacer, si cerrar los ojos y perderte en la oscuridad o abrirlos y perderte en las tinieblas.

Al pasar el tiempo la niebla va perdiendo fuerza, y te permite observar aquel horrible paisaje, un camino donde todo está muerto, los árboles se tornan grises y secos, sin fuerza, su sombra parece tener más vida que ellos mismos. Cambias tu mirada y vuelve la intriga, el coche se ha detenido, el hombre baja y abre tu puerta, sales atemorizado porque un camino te espera, el coche arranca y quedas solo, sin alma, sin fuerzas, lo único que te acompaña es el sobre color negro.

Caminas durante un largo rato, no sientes cansancio ni dolor. Mientras caminas regresan algunos recuerdos, llega a tu mente aquella noche en que tu abuelo te mantuvo entre sus piernas frente al fogón y te contaba historias, tu abuela volteaba las tortillas de masa con las manos y de repente se quemaba los dedos con el comal, recuerdas los colores de sus caras, sobre todo la de tu abuelo cuando le preguntabas sobre tu madre, aquella cara descolorida y triste, te das cuenta que los recuerdos no te llevan a nada y sigues caminando en silencio. Al final del camino encuentras una vieja casa de madera con dos faroles que emanaban una luz color ámbar parecida a las



que veías en la ciudad. Al tocar adviertes un pequeño símbolo sobre la puerta entreabierta que te parece conocido, sacas el sobre comparas el broche con el símbolo y las dudas se disipan.

Las piernas te tiemblan, sabes que no es el frío, y te engañas diciendo que no es el miedo, que es el esfuerzo que han sufrido tus músculos y tendones por el viaje. Aún así entras, observas todo, cada cosa está en tu memoria, recuerdas la silla de madera frente a la chimenea, el comedor injustificadamente grande, las cortinas de un rojo purpúreo, el retrato de juventud enmarcado ojivalmente.

Necesitas un trago. Tomas la botella negra de vino tinto sobre la mesa y la sirves cuidadosamente sobre una copa temiendo que el temblor de tus manos cause un inconveniente. El sabor de aquel líquido oscuro se siente agrio y espeso, pero te muestra un poco de calma, te quedas en silencio frente a la chimenea, te encuentras en una situación inconveniente pero agradable.

Por fin después de largo rato el fuego comienza a desvanecerse, intuyes que es la última vez que sentirás ese calor. Todo comienza a tomar sentido, sabes hacia dónde debes dirigirte, le das el último sorbo a la copa de vino y subes las escaleras, buscando la puerta de madera negra que has abierto durante toda tu vida. Giras la fría cerradura y entras al cuarto, te diriges a la cama donde ella te espera, observas su cabello negro y quebrado, su blanca piel, sus delgados labios, sus suaves mejillas, su vestido de un oscuro color vino que le cubre ligeramente las piernas. Sobre la cama una de sus manos está extendida, te acercas lentamente y te sientas, sacas un zapato con cierta dificultad y luego el otro, te quitas un calcetín y luego el otro, te recuestas a su lado de tal manera que tus labios quedan frente a

los suyos, sujetas su mano y recuerdas todo, recuerdas esos ojos avellanados que te miraban con tristeza, recuerdas su mano sujetándote con una fuerza que se esfumaba poco a poco, recuerdas lo que le pediste hace treinta años, «Si existiese un lugar intermedio espera ahí, llegaré y partiremos juntos», tomas su mano y con una voz débil y envejecida le dices suavemente «Estoy aquí». Ella abre sus ojos y te observa, «No has cambiado» pronuncia suavemente, se acerca a ti y las comisuras de sus labios rosan los tuyos, es un beso ligero que se pierde rápidamente, pero que te devuelve el alma.

Los sentidos te abandonan, dejas de sentir el corazón, dejas de sentir su piel, dejas de sentir sus labios, el brillo en tus ojos se pierde, quieres abrazarla pero tus fuerzas te lo impiden, ella te mira y sonrío mientras poco a poco cierra los ojos, cada vez todo es más oscuro, sin remedio te das por vencido y cierras también tus ojos.

Ya en completa oscuridad comienzan murmullos, no entiendes demasiado pero escuchas tu nombre, «Felipe, Don Felipe, ha muerto Don Felipe, ha muerto en su cama con un sobre negro entre las manos».

Por fin llega ese añorado silencio y esa calma, todo se ha ido, la vida, la juventud, todo se ha ido.

## ¡FELIZ VIAJE, MI AMIGO!

Emmanuel Sánchez Ortiz

«Aquiles»

Yo no sabía que poner, y me puse feliz.

Y hablando de felicidad hubo un día muy extraño y bonito a la vez, en el que no paraba de sonreír, escuchaba música muy tranquila y mi respiración se aceleraba y desaceleraba cada cierto intervalo de tiempo. Escuchaba «River Flows In You» mientras sonreía, pues sabía que había hecho algo muy bueno por ella, quizás pude haberle dado un mejor presente, pero fue lo que se me ocurrió en ese momento, y al parecer, le fascinó. Me dio mucha alegría saber que recibió mi regalo de una forma muy especial, lo cual, me hizo sentir muy feliz, ya que invertí mucho tiempo y esfuerzo, pero, sobre todo, en cada letra colocaba un suspiro a medida que intentaba proyectar en ese escrito unas infinitas ganas de hacerla feliz, quizás pudo haber sido el último regalo que pude darle a Mariant.

A medida que la madrugaba se acercaba, mi fascinación y entusiasmo se iban agotando poco a poco, pareciera que aquel elixir que me hizo estallar y emocionarme, simplemente se había acabado, ¿De dónde habré sacado tanto combustible?, pues ya era demasiado tarde para haber comido una buena dosis de alimentos llenos de carbohidratos, bueno, en fin, solo tenía una sensación muy agradable en mi cabeza, que me relajaba.

A la mañana siguiente desperté con mucha inquietud y una gran angustia, la cual, lentamente se iba apoderando de mí. Creo que tuve ciertas revelaciones que me hicieron dudar de mi existencia, me hicieron dudar del aquí y el ahora, ¿Cómo debo vivir?, pensé mientras llegaban a mi celular cientos de mensajes no leídos, al parecer llevaba ya un buen tiempo así, sin ver a nadie ni que nadie supiera de mí, ¿y para qué lo necesito?, así me siento muy bien.

¡Cómo me duele la cabeza!; mientras intentaba recordar la noche anterior, cuando, a mis espaldas, pequeñas gotas de lluvia salpicaban mi cuarto y con ello mis cosas, pero al mismo tiempo, sentía una profunda relajación como si los problemas que ello conllevara no me importaran, yo solo me quedé un momento pensando en esa dulce melodía, de oír como cientos de miles de millones de gotitas de agua impactan contra el suelo, contra nuestro techo, nuestro auto, o simplemente en nuestro rostro.

El día fue terrible, ya estaba muy cansado, no pude llegar a tiempo a mi junta de las 7 y para colmo el coche se quedó sin combustible, en medio de una larga fila de autos que yo mismo provoqué; tuve que moverlo como pude, para que el tráfico lograra avanzar. Un amigo mío (quien era mi copiloto) y un señor de mas o menos

cuarenta y tantos se ofreció a apoyarnos. — «Deben tener más cuidado chavos, no es justo pa' los otros, mire nomás este relajo», nos decía, mientras movíamos el vehículo, recibimos cientos de comentarios, recordando nuestro árbol genealógico, lo cual, nos hizo recordar el gran acervo cultural de nuestro país; fue toda una experiencia.

Al mover el choche desayunamos con el buen Uri, un amigo que nos brindó alojamiento, mientras nos resignábamos a que la junta con Bussines to Bussines, sería un fracaso, pero bien, comimos algo muy condimentado y no se hizo esperar mi reacción estomacal, que muy efectiva invitándome constantemente a dar un paseo por el sanitario; está por demás decir que me enfermé del estómago, y para colmo no teníamos medicamento a la mano.

Entonces Javi tuvo que irse, al parecer tenía planeado salir con una chica que apenas conoció hace 2 semanas en la empresa, vaya, ¡qué ojo!, — «Con todo tigre», le decía Uri mientras le daba algunas palmaditas de aliento y por supuesto una clásica nalgada que sirvió como referencia de una especie de amistad ya de largos años, — «Los veo luego, oye, Marco, creo que ya con esta falta dejaremos de ser miembros de la organización, bueno deberemos esperar a ver qué pasa».

— «¿Sí mi estimado, creo que ya valió, no fue mi culpa, pero pues ni modo, a ver qué sale, espera la llamada del manager a ver qué dice, eso sí de una pinche regañadota no nos salvamos, pero bueno, dejemos que las cosas pasen no? — «Pues sí. Va chavos, luego nos vemos». Se despedía el buen Javier Dosantos, un gran emprendedor a quien personalmente admiro mucho por su talento con las damas, apenas el mes pasado logró salir con 5 chicas que acababa de

conocer; sinceramente ¿no sé cómo le hace?, pero sea lo que sea que haga le funciona muy bien.

—«Bien Uri, te dejo bro, tengo que regresar a casa, si puedes échale un ojo al coche, lo dejé en la avenida, no es muy lejos de aquí, ya mañana hablo con la aseguradora, a ver qué solución me dan, ya la neta me está fallando mucho».— «Simón bro, no te preocupes yo le doy el rol a tu nave, vete con cuidado».— «Va pues, te lo encargo», y así me despedí del buen Uriel Carmona, un amante de la naturaleza y un pacifista que nos hablaba de la bondad, la hermandad y la unidad entre la sociedad, bueno aquello lo decía en uno de sus tantos viajes mentales, que tenía muy a menudo. Me apena mucho que las drogas se apoderaran de su vida, espero salga de ese hoyo algún día.

Al caminar por Altavista, miré al cielo. Se encontraba a punto de venir, un diluvio que solo en la biblia había podido leer. Corrí, pero mi estómago pedía calma, cuando aún faltaban unas 16 cuerdas hasta mi casa. — «No me jodas», me decía a mí mismo cuando el aguacero comenzó a imponerse, — «ya solo un poco más», — decía para mis adentros cuando, de pronto, entre la gran tormenta y una difícil visibilidad, una luz bastante brillante cayó unas cuerdas delante de mí. Se me hizo extraño, pero no le tomé importancia; lo único que quería en ese momento era resguardarme de aquella lluvia tan intensa.

A partir de ese momento y al correr como loco comencé a ver a mi alrededor, un entorno muy parecido a la unidad habitacional donde vivía con mis padres, los mismos colores y la misma fachada en algunas de sus pequeñas casas, hasta me pareció ver a don Raúl, el

policía que cuidaba del ingreso de inquilinos dentro de nuestras instalaciones, quien tantas veces me regañó de pequeño, como cuando fracturó la conexión del agua, fueron bonitos recuerdos.

— «Quizás ya estoy algo mareado», me dije a mí mismo, mientras ruidos extraños diferentes a la lluvia se lograban apreciar. Por un momento creí que me desmayaría. Fue una gran sorpresa ver que, de pronto, la lluvia se alentaba, yo todo empapado seguía tratando de ocultarme del aguacero, al mismo tiempo que el dolor de estómago dejaba de aquejarme.

Dejé de correr para ver entre qué avenidas me encontraba, pero, al parecer la ciudad se había quedado sin letreros, no podía ver gente por las calles o al menos alguien a quien pedir información. De pronto, un vagabundo se me acercó pidiéndome una moneda, y aproveché para pedirle referencias de mi ubicación.

—«¿Cómo llego a Portales?».— «El camino es apenas una parte, lo mejor te espera». Me sorprendieron sus palabras, y decidí seguir mi camino. —«¡Qué raro!», justo frente a la avenida se encontraba una escuela como la secundaria en la que estudié. La lluvia parecía cesar, pero, al alrededor de los grandes edificios, mi vida comenzaba a ser proyectada, como en grandes pantallas, «¡Quizás estoy soñando!», me dije, pero todo parecía tan real, me asusté y decidí seguir corriendo.

Mi corazón estaba completamente acelerado, no veía a nadie, mis recuerdos seguían mi paso, me sentía muy asustado, pues no había personas. Me sentía tan solo, en medio de esos edificios que proyectaban la historia de mi vida. «¿Qué está pasando?», me preguntaba cuando unas lágrimas salían de mi rostro al contemplar a

mis amigos, mi familia, mis hermanos, mis tíos, quienes con una sonrisa me saludaban y reían, «¿Acaso estoy loco?», ya no sabía qué sucedía.

En esa desesperación decidí continuar corriendo, y, para mi sorpresa, por fin un letrero, — «Av. Altavista, creo que estuve corriendo en círculos, espera, ¿qué sucede allá adelante?», me sorprendió ver por fin gente, rodeando un Camaro 2017 muy parecido al mío, placas FXV8273, el cual estaba hecho pedazos con cientos de cristales rotos y esparcidos sobre la acera, compactado como si fuese un acordeón, los cristales anteriores mostraban un gran cúmulo de sangre, mientras se lograba apreciar al conductor partido a la mitad, entonces decidí acercarme y un gran escalofrío rodeaba mi cuerpo, mientras me acercaba lo entendí todo a la perfección.

Pasamos horas, intentando conseguir algo, intentando ser felices, intentando amar, intentando ser el mejor, intentando emprender, etc., que olvidamos darnos un tiempo para agradecer cada minuto que estamos vivos, creemos ciegamente que viviremos eternamente, y dejamos de lado la felicidad, la felicidad no es llegar a la meta sino, disfrutar del viaje. Nunca sabemos qué día vamos a tener que despedirnos. En mi caso, me sorprendí al verme, dentro de aquel auto.

## EN LAS GARRAS DEL PROGRESO

Brandon Silva Barrera

«Mx Xyz»

Es de madrugada aún, está oscuro y afuera hay una fuerte lluvia. Me he despertado algo cansado, pero tomo fuerzas para levantarme, mentalizándome y diciendo: este día será mejor, no será como los pasados, hoy sí podré. Así comienza otro de mis días, en el cual, obligado por la necesidad, habito en una tierra lejana, una tierra brava, que devora a los insensatos y destruye a los que no se esfuerzan. Un nuevo mundo para mí, en donde si te descuidas, se aprovecharán de ti hasta no dejarte con nada de fuerzas en tu ser.

Yo moraba en una región tranquila hace 30 años, rural y solitaria, acompañado de mis seres queridos; tierra de abundancia, de buenos valores, donde podías salir y admirar el bello paisaje. Mirabas un extenso valle, lleno de verdor; tal era su hermosura, que con solo mirarlo te olvidabas de tus problemas, de tus congojas y de todo

lo malo que pudiera ocurrirte en tu vida. Todo era así hasta que el gobernador visitó la región con unos extranjeros, los cuales le prometieron progreso y bienestar para toda nuestra gente, a cambio de que les permitiera establecerse allí. Al principio estábamos emocionados y alegres; todos los habitantes celebraban este acontecimiento, a la vez que observábamos cómo todo el entorno se transformaba a través de los nuevos servicios que llegaban. Así continuó por algunos meses, hasta que por fin, los extranjeros que mirábamos como héroes, se establecieron en el valle. La mayoría de los hombres dejaron sus tierras para trabajar con los extranjeros, ya que ellos nos habían ilusionado y nos llenaron de promesas de bienestar y progreso, las cuales creímos ciegamente. Nosotros creímos que todo iba a mejorar, pero estábamos equivocados.

Primero llegaron a tomar nuestros bosques; ellos nos dijeron que no pasaría nada y que el bosque crecería nuevamente, así que con las herramientas modernas que nos dieron comenzamos a talar. Ojalá hubiéramos sabido que estábamos atentando contra nosotros mismos, ya que en un lapso de pocos años, el valle perdió su verdor y su vigor. Esto a su vez desembocó en otros problemas, ya que todo se transformó en una tierra árida, infértil y desolada. Debido a esto muchos perdieron sus cultivos y su ganado, lo que trajo hambre y pobreza a nuestros hogares, y ya sin nada, el resto de los hombres por necesidad acudieron por un empleo con los extranjeros, los cuales solo daban las migajas de las ganancias obtenidas con la riqueza de nuestra tierra. Aún hoy me lamento por esa ironía, cómo nos quitaron lo nuestro, cómo nos engañaron.

Pasaron los años, y en un abrir y cerrar de ojos nos encontrábamos viviendo en un terreno yermo, en el cual ya no teníamos esperanza. Lo que nos daban de sueldo no nos alcanzaba para sobrevivir, así que tuvimos que endeudarnos con los extranjeros, a tal grado que tuvimos que vender nuestras tierras y lo poco que nos quedaba. Ciertamente teníamos aún la libertad de hacer lo que quisiéramos, pero cuando te atrapan en ese sistema en el cual trabajas para vivir y vives para trabajar, te sientes como un esclavo, como una bestia de carga a la cual solo usan hasta que le han sacado todo el trabajo posible, para luego desecharla como un objeto. Creíamos que nada podía ser peor, pero el mal aún no llegaba a su máximo.

Cuando el bosque prácticamente estaba destruido, tiempo después descubrieron que en el valle había minerales valiosos, y una vez más nos llenaron de falsas promesas. Se decía que esto mejoraría la condición de todos, ya que habría más empleo y servicios, y una vez más llegaron invasores a quitarnos lo nuestro. Se transformó el entorno y quedamos cautivados de nuevo, creyendo neciamente que nuestras familias vivirían mejor. Impulsados por ese sentimiento, pedimos ser contratados en la mina que construyeron, aunque no aceptaron a todos. Yo fui uno de los que contrataron para las minas, pero no sabía la terrible experiencia que tendría.

Al principio todo iba bien y nuestra vida mejoró un poco, pero no sabíamos el mal que estábamos desatando. Al avanzar la producción también avanzaba una muerte invisible que visitaría a muchas familias del valle. Este mal provino de todos los procesos necesarios para tratar los minerales que contaminaron el agua que bebíamos,

generando poco a poco, que la gente comenzara a enfermar y que los animales que quedaban murieran. Al principio esto no se tomó en serio y continuamos con nuestra labor, hasta que los mineros comenzaron a enfermar y a morir debido al polvo que inhalaban. Ese aire seco, ese polvo y ese calor que se siente en los túneles te merman el alma, desgastan tu mente, te dañan poco a poco hasta que finalmente, mueres. También recuerdo tristemente, cómo muchos de mis amigos quedaron sepultados en varios accidentes, cómo muchos comenzaron a perder a sus familias por enfermedades y cómo cada vez nuestro hogar se veía más muerto. Todo esto ocasionó que los habitantes comenzaran a protestar y a rebelarse, pero nuestros gobernantes nos reprimieron e impidieron que hubiera un cambio. Tiempo después se supo que fueron corrompidos por los extranjeros con dinero. Ahí fue cuando entendí que el dinero es la raíz de todos los males; por riqueza destruyeron nuestra tierra y nos dejaron morir; por bienes materiales se corrompen tus valores y pierdes la humanidad; por ellos tu vida se convierte en una prisión en donde lo único que importa es quién tiene más, haciendo que unos exploten el trabajo de otros, convirtiendo la existencia de estos en un sufrimiento.

Después de que todo se calmó en el valle y todos se resignaron a continuar con sus labores porque si no lo hacían a sus familias les faltaría el pan, sucedió que uno de mis hijos enfermó y el dinero que yo ganaba no alcanzaba para su tratamiento, así que tuve que ir a otra región por un mejor empleo. Ahora ya llevo aquí dos años y en este tiempo he visto el sufrimiento de las personas de la ciudad, pero hoy, como uno de ellos, voy de vuelta a la rutina.

Al salir del pequeño y maltrecho cuarto que rento con mucha dificultad, siento el frío aire en todo mi ser; no es un aire como el de la tierra de mi juventud, es un aire cargado de contaminación, que merma tu salud. Escucho un silencio inquietante, que a la vez de traerme paz y tranquilidad por un poco de tiempo, me hace pensar acerca de mi vida, lo que ha sido y lo que hubiera podido ser si no nos hubieran engañado. El aroma de la tierra mojada me trae recuerdos de mi juventud, de mi vida con mi familia, de ese bello lugar que hoy ya no es, y tal vez nunca volverá a ser. Extraño esos días cuando estaba con mi gente, personas como ninguna otra, que ahora su moral ha sido corrompida por todos los problemas que se desarrollaron.

Al avanzar por las calles, poco a poco el silencio termina, comienza el bullicio de todos los días, de personas que van a trabajar para sacar a sus familias adelante. Todos están apurados y corren de aquí para allá, estresados, algunos enfurecidos, otros cansados, pero todos con un objetivo por cumplir. Cada mañana se convierte en un éxodo de personas que abarrotan los transportes a su máxima capacidad.

Cada día padezco una travesía para llegar al trabajo que conseguí en una fábrica de zapatos, en donde filas de hombres pasan muchas horas de su día obteniendo su sustento, para que al terminar con su jornada, vuelvan a sus hogares con el consuelo de que si padecen todos estos males así como yo, es por sus familias. Esa es la fuerza que me impulsa cada mañana, mi familia. Si no fuera por ella hace tiempo que me hubiera rendido y no tendría sentido mi vida. Sé que la vida está llena de males y problemas, pero a la vez está

llena de grandes cosas, como nuestras familias y todos los momentos buenos que pasamos con ellas. Eso me conforta y alivia la carga interna de mi ser.

También llego a la conclusión de que muchas cosas que nos ofrece la vida son destruidas por nosotros, por ejemplo ese bello lugar donde moraba, con ese verdor que siempre recordaré y que ahora solo existirá en mi imaginación. Pero como muchas otras cosas, ha sido perdido a causa del progreso. Sé que el progreso tiene sus beneficios, pero mientras las personas continúen con su avaricia y egoísmo, estos no se repartirán equitativamente. Ojalá hubiera sabido eso antes de que aconteciera la destrucción de mi anhelado hogar, hubiera yo tratado de cambiar las cosas y no estaría padeciendo mi gente, que así como las personas de esta ciudad en donde ahora habito, caímos en las garras del progreso.

## PROFESORES

---







PRIMER LUGAR

## VIAJE

---

Víctor Germán Mijangos de la Cruz

«Bustos Domecq»

Llovía. En medio de la noche se precipitaban enormes gotas de lluvia, que al golpear el techo del microbús resonaban huecamente, como lánguidos zumbidos de moscas aturdidas. Los vidrios se empañaban desde el interior, como si dentro habitaran fantasmas. Las llantas levantaban torrentes de agua sucia que terminaban por estrellarse en la lámina carcomida del vehículo en movimiento: por la mañana no habría más que lodo seco. Los limpiaparabrisas se movían de un lado a otro en un vaivén rítmico que recordaba las agujas de un metódico reloj. Por fuera, apenas se distinguía la porción de calle que alcanzaba a iluminar las luces del vehículo; todo lo demás era absoluta oscuridad. Los postes de iluminación eran adornos ciegos, mera parafernalia inútil postrada en las banquetas rotas y desniveladas. Era como andar por un camino siniestro, como por

los pasillos de un inframundo urbano habitado por ánimas terribles y violentas.

Dentro del microbús, permanecían inmóviles dos o tres personas en actitud de luto; cabizbajos, meditabundos, con las manos cruzadas como si rezaran. No se atrevían a levantar la mirada por miedo a una afronta visual que denotaría un dejo de empatía. No, mejor estarse consigo mismo, hundidos en los precipitados pensamientos de una pasión absurda. Hay silencio perenne entre esos pasajeros que emulan la presencia inmóvil de los santos dentro de una iglesia. Pero, de repente, una voz rompe con ese mutismo luctuoso: «¡En la siguiente esquina!». El microbús se detiene bruscamente, la puerta se abre con un rechinido agudo y un hombre baja corriendo para refugiarse de la lluvia.

«Es siempre la misma cosa», se repite Epifanio, con las manos duras de trabajo apretando el volante, inclinado hacia en frente, con los ojos fijos en la oscuridad del camino, pero casi sin mirarlo, llenos de una melancolía vieja, un rencor vivo y ardiente. La música resuena fuertemente, pero Epifanio parece no escuchar las repetitivas notas de una canción folklórica. El alto volumen de la música resonaba mudo en los oídos del Pifas; era ensordecido por la memoria de su pasado. Por alguna razón, en ese momento, en medio de esa noche absorbente, a Epifanio le había llegado el recuerdo de su infancia. El recuerdo viejo le llegó como un golpe de boxeador directo al rostro. Recordó a su padre, con ese rostro duro y moreno, ensuciado de polvo, con su mirada arisca, con sus cicatrices anónimas. Recordaba ese olor agrio del alcohol que emanaba de su hocico viejo y lampiño. Recordaba las palabras duras que le gritaba al oído,

palabras que muchas veces lo lastimaban más que los golpes a mano pelona que le propinaba, muchas veces sin que él mismo supiera el porqué. Pero le dolía más el recuerdo de su madre, su madrecita santa, que también recibía esos mismos gritos y golpes. Eso sí que calaba hondo.

Fue difícil, pero gracias a eso pudo convertirse en un hombrecito. Un hombrecito que a los quince años visitó por primera vez la correccional; había robado a una pareja a punta de cuchillo, instigado por el delirio de la hierba, la «yesca» que fumaba desde los trece años, cuando un camarada lo había invitado a «quemar» en la esquina de una calle apenas alumbrada por una luz parpadeante, que recordaba el destello de los golpes paternos. En ese tiempo fumaba para olvidar, para no sufrirla; por lo menos eso es lo que se decía. La correccional lo hizo todavía más hombre. Al salir de allí dejó de fumar; la experiencia de otros amigos encarcelados o muertos se lo impedía, como una puerta enrejada que no quería volver a atravesar. Ni modo de dejar a su familia desamparada. Ahora su único vicio era el alcohol, ese mismo alcohol que retumbaba en el recuerdo de su maldito padre. Pero, a pesar de todo, él no sería igual; él era otro, mejor. Sí, le pegaba a sus dos hijos y a su mujer, pero no les pegaba tanto ni tan duro. Y él, a diferencia de su padre, se había decidido por una vida ganada con el trabajo. Ya no robaría, no sería un bulto cadavérico recostado en una alcoba etílica. Él sí le chingaba duro para llevar algunos pesitos a su casa. Eran pobres, pero tenían para comer. No faltaban los frijoles, ni las tortillas. Con eso bastaba. Él era un mejor hombre que su padre. Ese era el ciclo que se debía seguir: cada generación superaba a su predecesora. Sus hijos,

él pensaba, llegarían que ser mejores que él. Epifanio hacía las cosas bien. Por eso podía darse el gusto de irse a tomar de vez en cuando, aunque su esposa le reclamara: ¡pinche vieja! ¡qué va a saber ella!

Solo él sabía lo que era realmente partirse el lomo allí sentado todo el día. Las putizas que le metían cuando no cumplía la tarifa. Estar escuchando a los pasajeros con sus reclamos, sus gritos. «Si no le gusta, váyase en taxi». ¿Qué de malo tenía emborracharse de vez en cuando? Había que olvidar, que tomarse la vida a tragos: uno tras otro. «El alcohol es el menor de los males». Y si les pegaba a sus hijos era porque se lo merecían; le faltaban al respeto, le salían con sus tonterías. También su mujer; sus gritos y reclamos solo se apaciguaban a golpes.

¿Y qué si tomaba en el trabajo? ¿De qué otra forma iba a aguantar ese trabajo inmundo que lo tenía aprisionado? Al fin ni tomaba tanto, solo lo necesario para sobrellevar los caminos repetitivos de la ruta que diariamente tenía que seguir: día tras día, hora tras hora. Así se le hacía más fácil, así no andaba con su jetota todo el tiempo. Además, los pasajeros ni cuenta se daban. No tomaba tanto como para heder, para ser percibido; eso era para después, para cuando la jornada terminara. Entonces sí que le entraba duro y tupido; pues al fin de cuentas, se lo había ganado.

De repente, un sonido estruendoso lo sacó de sus pensamientos. Era el último pasajero, que bajaba ya para dejar un hálito espectral dentro del vehículo, ahora habitado por un aire húmedo: un olor a sudor y quejas. Ahora sí podía irse por sus tragos de olvido. Mejor apresurarse. Pisó el acelerador. Las calles parecían deshabitadas. Andaba como por un pueblo fantasma. Las luces tenues de

los faroles apenas translucían algunas fachadas viejas, techos de lámina, montones de basuras, terrenos baldíos. Pero de repente un fuerte golpe sobre la parte frontal del vehículo lo desconcertó. Frenó de golpe. Sintió que un sudor frío que le recorría la sien y descendía hasta sus mejillas. Un aturdimiento gélido lo abordó. Vió por el parabrisas; en la calle, enfrente del microbús yacía una niña, casi de la edad de la hija más pequeña de Epifanio. A primera vista, no se veía sangre derramada, quizá por la oscuridad, quizá porque las heridas eran internas, quizá porque era un fantasma o una ilusión.

Pero no, ese momento era tan real como miserable era su vida. Epifanio se imaginó acosado por los problemas legales, la familia de la niña, el dinero que le costaría. Cuántos problemas le vendrían. En primer lugar, lo suspenderían por un tiempo de andar manejando para ganarse la vida. Peor aún, si la madre lo reclamaba, él tendría que hacerse cargo de los gastos médicos. Podría ser una contusión en la cabeza, los huesos rotos, quizá daños en la espina. Eso sería caro, muy caro. Sería mejor que no se levantara, que se quedara allí: muerta. «Muerta sale menos caro», pensó. Se ahorraría bastante dinero al matarla. Se ahorraría, pensó en un momento de compasión, todo el sufrimiento de esa pobre niña. Quizá era lo mejor.

De repente sujetó con una fuerza tremulante el volante. Un temblor le recorrió la pierna casi inmóvil que estaba sobre el acelerador. Pero era demasiado tarde. Una mujer había llegado corriendo; se adivinaba que había estado siguiendo a la niña por esos callejones oscuros. Atónita observaba hacia la calle enfrente del microbús, como una estatua carcomida. De pie allí, esa mujer escueta miraba sin poder moverse, y un grito ahogado se le hundía hondo en la

garganta. Ni modo de matarla enfrente de su madre, por lo menos eso se imaginó Epifanio que era esa mujer. Las lágrimas y gritos que soltaba eran testimonios de su relación consanguínea.

Serían tiempos difíciles. Por lo mientras, ya le había arruinado el día. Hoy ya no habría tragos de alcohol que lo hicieran olvidarse de esa melancolía que tenía atorada bien profundamente. Ya no estaría en la antigua cantina con sus amigos. Por lo menos hoy ya se había arruinado todo. Más adelante sería peor. Por lo menos, si la hubiera matado, serían unos cuantos días complicados, pero pasarían rápido. Sin embargo, ahora quién sabe cuánto tiempo se llevaría; quién sabe cuántas semanas, meses o años se las tendría que ver difícil para llevar un plato a su mesa. Y quién sabe qué otros problemas le vendrían encima.

«¡Pero qué pendejo! La hubiera rematado».





SEGUNDO LUGAR

## CONVERSANDO CON GLORIA

Jaime Alfonso Reyes Cortés

«Gudupzubkub Ñuqk Hu»

Dedicado a la memoria de la Maestra Gloria Contreras (Q.E.P.D.), fundadora del Taller Coreográfico de la U.N.A.M.

I.

Cuando creemos que todo ha sido contado, que todo ha sido dicho, surgen nuevas historias que tratan de conjuntar el sentir de la gente, sus perspectivas, sus ambiciones, sus esperanzas... Aquello que, si lo pensamos detenidamente, resultan ser los sueños de una persona o, quizás, de todo un pueblo. ¿Qué decir de una historia que se cuenta con el movimiento del cuerpo?, ¿o de una historia que se cuenta con ademanes y expresiones solamente?, ¿o simplemente, con aquellos sonidos que emanan del alma y la inundan con emociones? En esta

ocasión, querido lector, os comparto una conversación que sucedió en algún momento en el que la Danza se unió a la imaginación y a la oportunidad y que sirve como fiel testimonio de que dos almas pueden enriquecerse cuando comparten la misma pasión.

## II.

—Julia y Armando van tomados de la mano. ¡De repente!, ella se suelta, juguetea y brinca con gran alegría, Él, la alcanza y la abraza tiernamente. Ella, de nuevo, huye y se deja alcanzar, ¡se comporta como una niña! Él, la persigue sin cesar. Aunque lucen algo nerviosos, juegan como lo hacen todos los enamorados. Por fin sus padres se han reunido pues pronto será su boda. Los de él, han viajado de tan lejos a esta aldea de ensueño, donde el sol brilla con gran esplendor sobre los verdes campos y los ríos cristalinos... —Inicié mi relato aquella mañana en que la Maestra decidió concederme solo unos minutos de su valioso tiempo para esta entrevista que tanto le había solicitado y que, a regañadientes, aceptó.

—¡Ya veo! —exclamó la Maestra y añadió—: ¡Tal vez si...!, ¡en lugar de estar reunidos, los padres de él recién llegan y los de ella los reciben calurosamente...!, pero..., ¡prosiga!, ¡prosiga! —me indicó, mientras caminábamos por los pasadizos de la sala Miguel Covarrubias. Aquellos pasadizos en donde el Taller Coreográfico ha dejado huella de su existencia y de su excelencia.

—¡De pronto!, ¡todo se ensombrece!, pero, por estar inmersos entre tanta felicidad, Julia y Armando no se percataron de que las tropas enemigas arribaron a la aldea furtivamente. Por su parte, al

ver esto, «los patriotas», toman sus armas y se aprestan a defender su hogar... —seguí relatando.

—¡Sí!, ¡sí! —comentó la Maestra con tono adusto e hizo un ademán para que continuara.

—Ellos, han quedado atrapados en medio del fuego cruzado y no les queda más alternativa que huir y tratar de esconderse. Los padres de Julia alcanzan a tomarla de la mano queriendo llevarla a un lugar seguro. Ella se resiste y se esfuerza por tomar la mano de Armando, quien también forcejea con los suyos tratando de alcanzar a su amada. Con voz lastimera, él grita: ¡Julia!, ¡Julia!, pero, ¡todo resulta en vano! La lid se ha tornado encarnizada, algunos soldados combaten cuerpo a cuerpo y las ráfagas y las metrallas se ven por doquier... —Comenté.

—¡Oh!, ¡qué cruel! ¡me hace sentir escalofríos! —dijo la Maestra con el rostro ensombrecido, quién, a pesar de ello, se mantenía al pendiente de que en el Coreográfico todo se hiciera como a ella le gustaba, pues durante toda su vida lo forjó y lo enriqueció...

—¡Yo sigo haciendo mis actividades, joven!, pero, ¡no se detenga por favor!, ¡lo escucho! —me dijo la Maestra mientras firmaba unos documentos.

—¡Sí Maestra!, ¡gracias! —asentí y continué.

—Poco a poco, en el campo de batalla los tiros van cesando; de ambos bandos, se observan grandes bajas y pocos heridos. ¡Ha sido una masacre! A lo lejos, todavía se escuchan algunos disparos y también se observa a gente corriendo y tratando de esconderse. Armando regresa, pasa entre tanta calamidad con gran desesperación, cuidándose de que no haya alguna bala perdida y, de vez en

vez, se detiene para tratar de hallar a su amada. ¡Todo parece inútil! De Julia, ¡no hay rastro alguno!... En medio del campo, las piernas de Armando flaquean y se doblegan, mientras sus brazos golpean el suelo. ¡Ha perdido toda esperanza! —Proseguí.

—¡Sí!, ¡con el rostro empapado en llanto y de cara al piso! —agregó la Maestra.

—¡Por favor!, ¡que los vestuarios estén listos para las funciones!, ¡recuerden quiénes bailan el viernes y quiénes el domingo! —con voz alta, exclamó la Maestra, puesto que las funciones estaban próximas, luego, volvió a mirarme para que prosiguiera con mi relato.

—Ahora, Armando se encuentra en penumbras, inmerso en su dolor. A lo lejos, una luz celestial irradia con esplendor y se vislumbra a Julia rodeada por una noble corte, todos ellos vestidos de blanco. —Añadí.

—¡Sí!, ¡claro! ¡Ahí podríamos poner algunos pasos de danzón de los grandes maestros! ¡Ya veo por dónde va! —señaló la Maestra con entusiasmo.

—¡Sí, Maestra!, al ritmo del danzón número dos de Márquez, Julia se acerca a Armando y le acaricia tiernamente la cabeza tratando de consolarlo. —volví a asentir a la respuesta de la Maestra y continué—: Armando levanta la vista para ver quién le ha tocado. Al verla, sonrío y con júbilo, abraza a Julia levantándola en el aire. Los enamorados al reencontrarse, bailando, se demuestran todo su afecto acompañados por la corte de Julia—.

—¡Sí, joven!, ¡en esa parte el movimiento es allegro!, ¡hasta me parece que lo escucho y puedo verlos en este momento! —recalcó la Maestra Gloria y me pidió que continuara.

Entonces, proseguí mi relato:

—Armando está tan feliz por el reencuentro que le pide todos los pormenores a Julia, quiere saber cómo se salvó con todo detalle. Julia empieza a contarle a Armando que, después de su separación, ella y sus padres corrieron hacia un refugio, pero fueron perseguidos por los enemigos... —

—Ahí es cuando hay un nuevo cambio de movimiento y me imagino que reaparecen los combatientes luchando —adelantó la Maestra.

—¡Exacto! —Asentí.

¿Y el desenlace? ¿Cómo lo manejó?, ¡dígame!, preguntó la Maestra con gran interés.

—Conforme Julia relata su historia y se recrea el combate, Armando, empieza a intuir que algo malo en realidad pasó y poco a poco se da cuenta de que Julia ahora se ha transformado en un ángel a quien le fue conferida como última voluntad el despedirse del ser amado y cuando sus piernas se doblegaron fue porque, en realidad, había encontrado a Julia yaciendo en el suelo, y él, al verla, la toma entre sus brazos buscando reanimarla. Ella, con su último aliento, le sonrío y, con una tierna mirada, le hace saber cuánto lo ama... Julia se desvanece en los brazos de Armando hasta que su cabeza cae precipitadamente y queda ya, sin vida. —concluí.

—¡En la guerra no hay ganadores!, ¡todos realmente perdemos por el deseo voraz de unos cuantos de poseerlo todo, de tener siempre más!, pero, en realidad, mientras más creen que poseen, ¡no poseen nada!, ¡ni siquiera un alma que elimine los vacíos que se originaron por su ambición desmedida! —expresó la Maestra con profunda melancolía.

—¡Sí Maestra!, ¡así es!, además de la historia de Julia y Armando, esa es la verdadera intención de esta coreografía: de señalar que hay personas que utilizan a la gente solo para sus fines de lucro y no les importan las pérdidas humanas. —respondí.

—¡Bien!, Ahora que ya tenemos la historia y la música, vamos a poner manos a la obra. ¡Nuestro estreno es la próxima semana! —decía Gloria, mientras entrábamos en el salón de ensayos de la Covarrubias, donde la compañía aguardaba ya a su directora...







TERCER LUGAR

## «¿QUÉ PODRÍA PASAR?»

Guillermo Llanos Bonilla

«Why X»

—Pero, ¿tenía que pasar necesariamente por aquí?

—Bueno, creo que otra ruta podía haber sido mejor, pero no teníamos estudios de otros lugares, solo se basaron en los que tenían cuando se construyó el anterior camino.

—Sí, pero eso fue hace como 50 años, cuando todavía no había casas en estas lomas.

—¿Y qué quería que hicieran los del departamento si no les asignaron presupuesto para actualizarlos?, usted solo haga el anteproyecto para pasárselo lo más pronto posible a los de presupuestos.



—El proyecto me indica que en el kilometraje 25+450, se colocarán unas alcantarillas con tubos de 1.20 metros, si no mal me acuerdo en

la vista a los sitios de los trabajos, ese kilometraje corresponde a una barranca cercana a donde hay un asentamiento de viviendas, la pregunta que realiza mi empresa es ¿hay contemplado obras adicionales al proyecto en ese kilometraje para resolver el problema de encauce del agua en época de lluvias?,

— Se tomará nota de su pregunta en el acta que se levantará, la respuesta se dará en la siguiente junta de aclaraciones.



—En respuesta a la pregunta de la empresa X1 , se comenta que no habrá cambios de proyecto ni obras adicionales en el kilometraje 25+450 mientras dure el proceso de licitación; de requerirse cambios, se hará saber a la empresa a la que se asigne el contrato.



—Ahora que vino el especialista que contrató la supervisión, hizo algún comentario relacionado a la intensidad de las lluvias en esta zona, ¿sabe algo al respecto de eso?

—Sí, hizo la anotación en bitácora de que no se tiene un estudio actualizado del escurrimiento máximo esperado considerando el cambio climático.

—¿El cambio climático dijo?, ¿también ellos utilizan el tema de moda? eso me suena como un comentario para justificar su sueldo. ¿Y en que quedó el asunto?

—Solo lo solicitó, pero de darle seguimiento, habría probabilidad de cambiar el proyecto en algunas partes, sobre todo en el cruce con arroyos intermitentes.

—La opinión de una persona no debe afectar el proyecto a estas alturas.

—No, pero esa persona es un especialista que lo anotó en bitácora.

—Veremos si le dan tramite a su solicitud, mientras tanto, vaya solicitando el material de esa zona, en caso de cambios, podremos solicitar costos por trabajos adicionales.

—Bien; se hará como usted dice.



—¿Se encuentra el almacenista?

—A sus órdenes, diga usted.

—Traemos los tubos, aquí está la remisión ¿dónde los descargo?.

—A ver, ... 6 tubos, diámetro ..., marca tal, ... , ¡un momento!, la orden de compra decía otra marca.

—Lo siento, yo solo conduzco el camión, si tiene algo que decir, debería hablar con el proveedor.

—(No le puedo llamar desde aquí porque la línea telefónica aún está en reparación y mi celular no tiene señal aquí). Está bien, han de haber mandado la marca similar. Sale, ¡hey, Félix!, dile al don dónde descargue los tubos.



—No eres tan bueno como dices, dejaste caer dos tubos.

—No se rompieron, total, ¿no vas a ir de rajón o sí?

—Pues no, si digo algo me echan la culpa a mí por dejarte usar la grúa.

—Lo bueno es que aparte del chofer nadie más se dio cuenta.



—La especificación dice que deberíamos utilizar un rodillo de 2 y media toneladas, pero no ha llegado porque la gente cerró otra vez la desviación. ¿Y si usamos el de 7 toneladas, el que está en las terracerías?

—¿Cómo vas a meter esa máquina a compactar?, ¿no ves que debajo están los tubos de la alcantarilla?

—Bueno era solo una sugerencia, yo digo nada más para que no se paren los trabajos.

—Ummmh, tendrías que convencer al supervisor, ¿qué tal la llevas con él?, ya ves que desde que no me quiso autorizar completa la estimación 4 me hizo de encabronar.

—Si me dejas, lo intento convencer, total ya lo hemos llevado/visto varias veces a la cantina desde que pasó eso. Además vamos muy atrasados en ese tramo, a ellos también les afecta el atraso.



—Un trabajador dice que en la tarde que llovió, vió salir de la alcantarilla algo así como tierra amarilla.

—¿Ya fuiste a ver de qué se trata?

—No, ya no tengo condición para bajar a la barranca.

—Tampoco yo estoy para verificar eso personalmente, manda a alguien.

—Nos queda poca gente, a casi todos los mandaron al entronque a realizar labores de limpieza porque ya va a ser la entrega.

—Déjalo entonces, ya no está lloviendo y tenemos que aprovechar para los últimos colados de guarnición. No distraigas a la gente. Total, ¿qué puede pasar?

PARTICIPANTE DESTACADO

## EN TIERRA DE LOBOS

---

Hugo Sergio Haaz Mora

«Charrito»

Esta narración no es precisamente un cuento, es un relato de la vida real, que trata acerca de una de las tantas aventuras y experiencias de trabajo que pasan aquellos ingenieros, que se dedican a proyectos de obras en lugares remotos e inaccesibles, que pocas veces han sido recorridos por los seres humanos.

La experiencia se ubica en los años de 1980 y consistió en la realización de un proyecto geotécnico para una línea de conducción de agua desde Punta Abreojos hasta la Bahía del Vizcaíno en una longitud aproximada de 80 km, el objetivo era llevar agua de los pozos profundos localizados en el desierto del Vizcaíno para los pocos habitantes y comunidades de la región, lo anterior implicaba atravesar el desierto que se localiza en el centro de la península de Baja California, como se muestra en la figura.

El trabajo por realizar no era una tarea sencilla, ya que la región no contaba con vías de comunicación y sería atravesar parte del desierto caminando con temperaturas que oscilaban arriba de los 40 grados a la intemperie, además habría que quedarse a dormir en el desierto. La aventura resultaba fascinante, aunque sabíamos que era una región que no conocíamos, pero teníamos antecedentes de que eran tierras de animales en extinción como el berrendo (antílope americano), el borrego cimarrón, lobos, reptiles y víboras de cascabel.

Roberto y yo, ingenieros civiles, emprendimos el viaje desde la Ciudad de México en un avión turbohélice Twin Otter denominado «Guajolota», por el hecho de que volaba a poca altura y hacía una gran cantidad de escalas para llegar a su destino final, Tijuana. Después de más de 6 horas de vuelo, aterrizamos en la población de Loreto, que en ese entonces tenía una pista de terracería; al momento del aterrizar, el avión sufrió un fuerte golpe por una piedra que se encontraba en la pista y que dañó el fuselaje e inhabilitó al avión para continuar hacia Tijuana; nos recibió un chofer de la brigada que realizaba los levantamientos topográficos del proyecto, y nos trasladó hacia Punta Abreojos, el lugar de inicio de los trabajos. El trayecto tomó un poco más de 4 horas, ya que parte del recorrido fue en camino pavimentado y parte en terracerías de regular estado, Punta Abreojos era en ese entonces un pueblo pesquero con menos de 1000 habitantes y sin nada relevante por considerar, ahí es donde empezó la aventura.

Ese día descansamos en una posada del pueblo, fue la última noche que dormimos confortablemente, lo demás lo desconocíamos

aunque ya sabíamos que tendríamos que dormir en el desierto por lo menos hasta que termináramos los trabajos; a la mañana siguiente preparamos las provisiones necesarias para sobrevivir cuando menos un par de semanas en el desierto, así como suficiente agua y gasolina para el vehículo que nos llevaría al campamento.

El campamento de la brigada topográfica no era más que un tanque de almacenamiento de agua en proceso de construcción, ese fue nuestro refugio, aunque nos olvidaríamos del baño el tiempo de duración de los trabajos.

El desierto del Vizcaíno es una región inhóspita, plana y de lomerío ligero con vegetación escasa, de matorrales y algunas cactáceas, con un sol abrasador que nos acompañó durante todos los días de trabajo, aunque nuestro premio siempre fue el regresar a la guarida del tanque, pasando las noches oyendo los aullidos de lobos y de coyotes en la lejanía.

Al empezar a realizar los trabajos de exploración, nos empezamos a percatar de que no estábamos solos, ya que los terrenos estaban infestados de víboras de cascabel, lagartijas, camaleones y algunas liebres orejonas. Uno de esos días, los peones que nos apoyaban en los trabajos mataron 13 cascabeles de diferentes tamaños, lo que más me llamó la atención fue un par de ellas que se encontraban enroscadas copulando y que formaban un bulto de más de medio metro de altura, por supuesto que los peones las mataron para comérselas; ellos mencionaban que había que tener cuidado para matarlas, ya que cuando les cortan las cabezas, aún decapitadas, estas pueden alcanzar a morder. Al tercer día de estar realizando los levantamientos geotécnicos, nos tocó avanzar en una zona de

lomerío ligero a fuerte, teníamos que alejarnos más o menos unos 20 km. del campamento y caminando en el desierto, iniciamos el recorrido con un guía de la región, un topógrafo, Roberto y yo. Al inicio de la marcha fuimos interceptados por un vehículo de la entonces Secretaria de Agricultura y Ganadería, eran los encargados de vigilar que no se introdujeran al desierto cazadores furtivos, ya que se cuidaba a las pocas piezas que existían del llamado antilope mexicano, el berrendo, una especie en peligro de extinción y que todavía existía en la región; se nos dijo que tenían ubicados a no más de 40 ejemplares y que imponía fuertes multas a los cazadores, además que en el pasado reciente los americanos llegaban hasta estas tierras en helicópteros y los mataban desde los mismos con sus rifles. Presentamos nuestras identificaciones y les explicamos el motivo de nuestra estancia en esos parajes, continuamos el recorrido realizando el levantamiento geotécnico de la región, realizando calas y pozos con sus muestreos correspondientes.

Al cabo de algunos 10 km de marcha y con un sol abrasador, empezamos a ascender hacia unas colinas y es ahí donde nos topamos con una manada de lobos, eran lobos grises americanos como los que ya había visto en algunas películas y documentales, tenía la creencia de que ya no existían en nuestro país, afortunadamente no estaban tan cerca, quizás a unos 100 metros de distancia y en un promontorio que parecía ser su guarida, eran aproximadamente como diez ejemplares. Uno de ellos, que entiendo era el líder de la manada, se puso alerta cuando entramos en su campo visual y no nos quitó la vista de encima desde que nos vio aparecer, la impresión fue impactante y a la

vez atemorizante, ya que se sabe que por lo general atacan en tropel, por ello optamos por no hacer movimientos bruscos continuando nuestra marcha de manera lenta con el mismo ritmo que llevábamos, en esta ocasión no traíamos ningún tipo de arma, lo único que pudimos hacer fue quitar nuestros cinturones y los llevamos blandiendo por si acaso el líder de la manada de lobos daba la señal de ataque, los instantes se hicieron eternos y tensos mientras atravesábamos su territorio lo cual duró un poco más de 10 minutos, tiempo en el cual nunca nos apartaron con su vista, cuando desaparecimos de su visual respiramos hondo y profundo y continuamos nuestro trayecto; el regreso al campamento ya no lo hicimos por el mismo trayecto, les dimos la vuelta y regresamos con bien.

El resto de los días que estuvimos en el desierto nos permitió aprender a sobrevivir en condiciones críticas, respetando el entorno, conviviendo con una naturaleza que tiene su belleza pero también sus peligros, evadiendo a las víboras así como a los lobos, nunca pudimos encontrar un berrendo ni un borrego cimarrón. El único incidente que tuvimos casi al final de los trabajos es que el jeep que nos transportaba se quedó sin gasolina, por lo que no tuvimos otra opción que enviar a dos de los muchachos que nos apoyaban en los trabajos a que se regresaran al campamento por gasolina y por agua, tuvieron que caminar más de 20 km, les dimos casi toda el agua que nos quedaba y nos acostarnos abajo del jeep para poder soportar el calor infernal que se sentía, por fortuna al cabo de un poco más de 8 horas los muchachos regresaron, ya que casi habíamos agotado nuestras reservas de agua y traíamos ya algo de deshidratación.

Esta aventura por fortuna tuvo un final feliz, regresamos sanos y salvos, eso sí con una peste verdaderamente insoportable, ya que estuvimos un poco más de semana y media sin bañarnos; es increíble cómo después de una aventura como esta, se aprecia de mejor la vida y se sabe apreciar las bondades que se tienen cuando se vive en lugares que cuentan con todos los recursos para poder vivir.

## PARTICIPANTES DEL CONCURSO

### Alumnos

<i>El futón azul</i>	Miguel Angel Aguilar Ibarra «Arcadio Buendía»
<i>Los libros de la buena memoria</i>	Arturo Andrés Montealegre «R.S. Goitia»
<i>Piedra blanca de mayo</i>	Brenda Andrés Montealegre «Xiutik»
<i>Más cerca de ti</i>	Jesús Alberto Ángeles Casanova «Jakpad»
<i>Lo que la poesía hizo primero</i>	Christian Manuel Ángeles Ledesma «Christian»
<i>Creciente</i>	Miguel Báez Castro «Ángel»
<i>El beso</i>	José Pablo Briseño Suárez «Logan »
<i>Cuentos de una madre</i>	José Armando Carrillo Salazar «Csjs»
<i>Solo un sueño</i>	Gabriela Castillo García «Mun»
<i>Pathos</i>	Tiaré Chantal Ceballos Equihua «Atticus Wolff»
<i>Los ojos inocentes de la realidad</i>	Marco Yael Chavarria Ávila «Marxel»
<i>Lunes</i>	Dulce Jazmín Chávez Alarcón «Akbal»
<i>Ojos color noche</i>	Cristian Adolfo Chimal Santana «Zukye»
<i>Silencio aprehendido</i>	Karen Liliana Chip Domínguez «Wux»
<i>¿Qué he hecho?</i>	Alfredo Correa González «Miky»
<i>Campanas al anochecer</i>	Éric Cortés Hernández «Zyzu»
<i>Sonatas</i>	Tanya Cecilia Cortés Reyes «25»
<i>Nostalgia</i>	Alejandro Espino Romero «F. C. Kufzky»
<i>Memories</i>	Rodrigo Espinosa Zarazúa «Fhych»
<i>La verdadera fe</i>	Daniel Flores López «Dreamhunter»
<i>Momentos de la verdad</i>	Adrián Flores Luna «Sr. Hyde»
<i>La llegada</i>	Felipe Flores Miranda «Dan Rizo»
<i>El pequeño Cris</i>	Tannya Fonseca Mejía «Uxl-07»
<i>Retorno al miictlán</i>	Arturo Fuentes León «Skydiving»
<i>Descripción de un sentimiento</i>	Sagrario Berenice Fuentes Vargas «Wygmclyd»
<i>Planeta 9-21</i>	Isaac Galicia Pineda «Hardin»
<i>Un problema: la pequeña ilusión</i>	Marco Antonio García Rodríguez «Shin Yamato»

<i>El cachorro de la mancha negra en el ojo</i>	Jéssica Estefanía García Aguilar «Jessy»
<i>Reminiscencia</i>	José Luis Gómez Arizmendi «Khft»
<i>Paco Quintana</i>	Donet González García «Musk»
<i>La noche sin estrellas</i>	Pedro González López «Neos»
<i>El escondite</i>	Juan Carlos Hernandez Jiménez «Lancelot»
<i>Vengo a decirte que...</i>	Iván Alejandro Hernández García «Stm»
<i>El abuelo</i>	Alfonso Herrera Zamora «Uttu»
<i>Sol de movimiento</i>	Karina Lizeth Jiménez Lugo «Ixchel Acolmiztli»
<i>Victoria</i>	Ricardo Edmudno Juárez Salazar «Kuroneko»
<i>Pajarillo</i>	Catherine Melisa Juárez Lozano «Kira»
<i>L'idée</i>	Juan Carlos Lázaro Pérez «Henri Gabriel»
<i>El tamal de cada día</i>	Rafael Edmundo Lira Valencia «X-Yutuk»
<i>Un dragón en la ciudad</i>	Santiago López Aguirre «Darwin»
<i>Un regaño más</i>	Gunter Ludgar Mejía «Deku»
<i>De héroes a leyendas</i>	Leonardo Luna Fierros «Hytym»
<i>Lucha por tus sueños</i>	Josué Emmanuel Maldonado Bautista «Cuatrero»
<i>Patitos rebeldes</i>	Julietta Mares López «Xana»
<i>Lluvia de tumores</i>	Daniel Martínez Velazquez «Soko»
<i>Sueño</i>	Yael Martínez Ríos «Kaon»
<i>Sin cobija</i>	Mariana Martínez Soto «Somefer Pou»
<i>En el jardín de cerezos</i>	Jorge Enrique Medina García «Tpk»
<i>Sublime añoranza</i>	Ashley Andrea Méndez Hernández «Wendy»
<i>La ciudad de los gatos</i>	Jorge Antonio Meza Hernández «Guardián Del Quetzal»
<i>Los hijos de la tierra</i>	Marco Alejandro Nava Alarcón «Ituqui»
<i>Ojos de dragón</i>	Paulina Isabel Nieto Donjuan «Hachiiuchii»
<i>Las nubes</i>	Luis Roberto Ortiz Ilizaliturri «Awqaf»
<i>TeleSensaciones</i>	Manuel Pablo Silva «Foskipi»
<i>La dualidad unificada</i>	Edwin Alejandro Palacios González «Dandro»
<i>El sueño de Rubén</i>	Francisco Javier Pérez Eleuterio «Timoteo Ortega»
<i>Maniquí</i>	Ian David Pérez Espinosa «Bytmh»
<i>Leonora la leona</i>	Diana Laura Pérez Macario «Byfy»
<i>De este lado del mostrador</i>	Metztli Iréti Quiróz Mendiola Nanani «Kútsi»

<i>Cuando los muertos pesan</i>	César Mauricio Ramos Villaseñor «G.N.B.»
<i>El eterno ser</i>	Sandra Angélica Real Badillo «Oizehs»
<i>Luz nocturna</i>	Jesús Neill Reyes Morales «P-Vux»
<i>Adiós</i>	Pablo Rivero Borrell Contreras «Fugu»
<i>Ángeles a la deriva</i>	Zuriel Uzai Rodríguez Agiss «Dwigh Griffithyn»
<i>El festival de otoño</i>	Carlos Andrés Romero Castrejón «Yuvi»
<i>Momentos fugaces de un hombre vicioso</i>	Carlos Alberto Romero Pastrana «Zulku»
<i>Recuerdo de una noche a las seis de la mañana</i>	Iván Alexander Ruiz González «El Colega»
<i>Lo que realmente importa</i>	Paola Saldaña Ríos «Tsuki»
<i>Paranoia</i>	José María Sánchez Lara «Wuzz»
<i>¡Feliz viaje mi amigo!</i>	Emmanuel Sánchez Ortiz «Aquiles»
<i>Ha muerto don Felipe</i>	Luis Alexis Sánchez Contreras «Hypky»
<i>Sutil espera</i>	Valeria Berenise Sánchez Vázquez «J. D. Kowxgy»
<i>El cuarto blanco</i>	Omar Lione Santiago Sánchez «Hell»
<i>Escritura comunitaria</i>	Raúl Saucedo Zúñiga «Yo, Garabato»
<i>En las garras del progreso</i>	Brandon Silva Barrera «Mx Xyz»
<i>Sentir</i>	Elsa Guadalupe Sujo Pacheco «Anzu»
<i>Las desteñidas sábanas</i>	Omar Tolentino Campos «Buff Dhyx»
<i>Orfismo</i>	Jose de Jesús Tolentino Guerra «Kychy»
<i>Sembrador de sueños</i>	Arturo Joshué Toral Noriega «Idaho Deborah»
<i>El algoritmo del seductor</i>	Juan Diego del Prisack Velázquez Sánchez «Bgty»
<i>La víspera de San Andrés</i>	Jonathan Ventura Santos «Cid»
<i>Etiopía-plaza de la transparencia</i>	Gabriel Villanueva Aragón «Goliardo»
<i>La joya sabia</i>	Martín Alfonso Zanabria Chávez «Dux»

## PARTICIPANTES DEL CONCURSO

---

### Profesores

---

<i>¿Qué voy a hacer ahora que no está Cointa?</i>	Arturo Ángeles Mancilla «B. Phyzykz»
<i>Juego de niños</i>	Elizabeth Avilés Alguera «Yoko»
<i>Un mundo mejor</i>	Leonardo Rodrigo De Bengoechea Olguín «Zxqp42»
<i>La vida diaria</i>	Gabriela De Paz Mejía «Bluish»
<i>Esos ojos</i>	María Durán Carmona «Svet»
<i>De aleteos de mariposas y axolotes</i>	Ximena Gutiérrez Vázquez «Mila S.»
<i>En tierra de lobos</i>	Hugo Sergio Haaz Mora «Charrito»
<i>Que podría pasar</i>	Guillermo Llanos Bonilla «Why X»
<i>Viaje</i>	Victor Germán Mijangos de La Cruz «Bustos Domecq»
<i>La burra</i>	Gabriel Moreno Pecero «Ave»
<i>Mi primer cuento</i>	María Teresa Peñuñuri Santoyo «Lizeth de Guadalupe Chávez»
<i>Conversando con Gloria</i>	Jaime Alfonso Reyes Cortés «Gudupzubkub Nūqk Hu»





*Séptimo concurso Cuentacuentos* se publicó digitalmente en el repositorio de la Facultad de Ingeniería, UNAM, en mayo de 2022. Su versión original se imprimió en 2019 con un tiraje de 100 ejemplares.

El cuidado de la edición y diseño estuvieron a cargo de la Unidad de Apoyo Editorial de la Facultad de Ingeniería. Las familias tipográficas utilizadas fueron Myriad Pro Light para títulos y Minion Pro para textos con sus respectivas variantes.

